This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SA 5016.48

Harvard College Library

FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS

ESTABLISHED 1913

Half-title wanting.

RODOLFO MORENO (HIJO)

ENFERMEDADES de la POLÍTICA ARGENTINA

BUENOS AIRES

FÉLIX LAJOUANE & C.ª — EDITORES
143 - CALLE PERÚ - 143

1905

SA5016.48

HARVARD COLLEGE LIBRARY
LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND
June 14, 1923

Buenos Aires

Al

Doctor Ignacio María Gómez

DOS PALABRAS

Los estudios hechos en el presente trabajo, no encierran seguramente una novedad. Se trata de fenómenos conocidos por todos, sentidos por muchos y discutidos con frecuencia en la prensa diaria, cuando ella señala, refiriéndose á casos concretos las enfermedades que sufre la política criolla.

He tratado de constatar por medio de la observación los defectos más salientes y las causas de los mismos, ensayando en la medida de mis fuerzas, algunos remedios, para llegar á la eliminación de males, que si bien no pueden impedir nuestro progreso, impuesto por otras circunstancias, lo demoran contrariando nu-

merosas manifestaciones de la actividad nacional.

No abrigo la pretensión de llegar con esta obra á conseguir modificaciones, pero sí creo, que el hecho de llamar la atención sobre los fenómenos que anoto, puede servir para que sean discutidos ó por lo menos para que otros con más autoridad, aborden el tema, y resuelvan dificultades que todos deseamos ver despejadas y que requieren la atención continua para que se solucionen.

Lo único que puedo ofrecer es sinceridad y buena fe, para lo cual he procurado substraerme á todo apasionamiento, prescindiendo de ataques personales, por cuanto, no combato contra individuos, sino contra sistemas.

EL SISTEMA Y SUS GUARDIANES

Las teorías que informan la idea republicana son de una belleza encantadora. Es indudable que el ideal de gobierno sería aquel que tendríamos si cada uno de nosotros pudiera intervenir directamente en el manejo de la cosa pública y en la discusión de aquellos puntos que tocaran de cualquier modo nuestros intereses. Pero las dificultades materiales se oponen á esa utopía que sólo puede tener realización cuando es muy pequeño el grupo como ocurría en los primeros tiempos de los romanos, impone la necesidad de que cada uno delegue sus facultades en otros ciudadanos que interpreten nuestros pensamientos y manejen nuestros intereses.

Nada más culto y civilizado: la soberanía residiendo en el pueblo que confía á sus miembros más esclarecidos la tarea de ocuparse de todos aquellos asuntos que se refieren al gobierno común.

Las formas en que se dividen los poderes, los mil detalles del funcionarismo y de las reglamentaciones no son más que una consecuencia de ese principio que ha sido y es la base de la institución.

Pero, las teorías que son matemáticas cuando se aplican á fuerzas cuyas acciones y reacciones son perfectamente conocidas pueden fracasar cuando se dirigen á los hombres, cuyas múltiples facetas no han sido penetradas por un análisis que haya llegado á resultados precisos y seguros.

Roosevelt, en uno de esos admirables artículos publicados en el *Ideal Americano,* ha sostenido que es mucho más eficaz actuar que criticar, y que para un estado son mucho más preciosos aquellos ciudadanos que actúan en la medida de sus fuerzas y pugnan por sus derechos, que

aquellos que bajo el pretexto de no encontrarse de acuerdo con las personas ó los principios dominantes proclaman la abstención y se quedan en su casa.

Es ese precisamente nuestro grave defecto, nuestro inmenso mal. Sería repetir una verdad muy conocida decir que nuestro sistema institucional se ha desnaturalizado. Todos sabemos que el gran arte de nuestros políticos, no es el de interpretar la Constitución estudiando sus fuentes para llegar á resultados unipersonales y de carácter general; la gran habilidad estriba en torturar la letra, dividiendo el párrafo, analizando la palabra, desmenuzando el vocablo, hasta llegar á descubrir un sentido nuevo que se armonice con el interés del momento.

De ese modo la estabilidad de las instituciones es un mito, porque, ¿qué ley resiste á una interpretación cómoda, cuando se abriga *á priori*, antes de estudiarla, el propósito de darle una determinada interpretación?

Los casos son tan frecuentes que basta suscitar el tema para que se presenten con una abundancia desalentadora.

Se dicta una ley electoral; el Ministro que la propicia, fulmina el fraude, se muestra airado contra aquellos que lo cometen y asegura que es la falta de represiones penales lo que produce esa consecuencia. Propone como una panacea regeneradora une serie de castigos para los que roben á sus conciudadanos el ejercicio de sus derechos y el Congreso entusiasmado por esa palabra que venía de lo alto, vota la nueva ley.

Ya el pueblo no tiene el derecho de quejarse! La justicia ha esgrimido su vara y medirá con ella á todos los malos ciudadanos que pretendan burlar las instituciones representativas. Los crédulos confían, los desencantados se callan, los reflexivos esperan: nadie se atreve á manifestar la duda, de una manera ostensible en presencia de la apoteosis triunfal que se cierne sobre la ley y sus autores.

El tiempo pasa, y la gente á la espectativa empieza á confiar en las promesas y, por tanto, en el triunfo de la ley. El pueblo la respeta, porque los desamparados saben lo que ocurre cuando son ellos los que violan los preceptos legales, pero no sucede lo mismo con los magnates. Acostumbrados como se encuentran á pasar sobre las leyes y á colocarse en un terreno superior, donde éstas no los alcanzan, desafían á las mismas y se entregan á sus sanciones lanzándoles un verdadero desafío porque ejercen para escarnecerla el acto que la ley prohibe, usando de sus propias palabras.

Un grupo de ciudadanos altivos y conocedores de la dignidad lleva el hecho á los tribunales de justicia y cuando éstos se pronuncian por la condena de uno de aquellos violadores del precepto, el Congreso que antes aplaudió la conquista contra el fraude, que antes fulminó con dureza castigos para los infractores del voto popular, cesa en sus truenos de Júpiter airado y tra-

duce su actitud en una armoniosa amnistía que borra lo pasado, que quita á los delincuentes su carácter de tales y que los deja permanecer en los puestos públicos en los cuales han mostrado ser malos ciudadanos.

El pueblo piensa y con razón que ha habido jueces, pero no justicia, y que si los infractores hubieran pertenecido á la clase de los «gobernados», no se habría descubierto la bondadosa amnistía y los autores del fraude purgarían en la cárcel el delito cometido.

Entre tanto el Ministro derrotado, continuaba en el cargo desde el cual proyectó la ley abatida y sancionada bajo sus auspicios, como una panacea regenadora.

Pocos días más tarde se trata de la ley de residencia. El doctor Palacios, Diputado socialista, uno de los contados representantes que representa algo, levanta su sincera voz de independiente y pone la cuestión sobre el tapete.

Se produce una discusión erudita y, des-

pués de terminada, la ley se mantiene. Entre tanto, ¿quién no está convencido de esa enormidad constitucional?

Es que hay una fuerza superior á toda ley, más importante que todo principio y es la conveniencia del momento basada en razones de camaradería en la cual se informan casi todas las resoluciones de los poderes constituídos.

Cuando se piensa en esas aberraciones, cuando se observa lo poco de acuerdo que se encuentran los actos con las leyes, se nos ocurre pensar si eso ocurrirá porque somos más malos que los individuos de otros países, si serán nuestros políticos menos patriotas, menos celosos del porvenir del país y más conscupiscentes que los ciudadanos que gobiernan en los otros estados.

Un examen imparcial, detenido, nos lleva á la consecuencia de que eso no es así.

En los momentos de peligro, cuando los intereses nacionales han estado amenazados, la característica del gobierno ha sido

armonizar con el pueblo y se han pospuesto á los grandes intereses los pequeños desvaríos que podían separarlos en un momento dado.

La razón se encuentra en la observación del Presidente americano, que como hábil psicólogo, ha formulado reglas y declaraciones que dedicadas á su pueblo nos sirven á nosotros, dado el carácter de generalidad que las informan.

La falta de acción de parte de los gobernados quita á las autoridades el contrapeso necesario, suprime el estímulo y suscita la injusticia.

La armonía constitucional de nuestro sistema se basa en el perfecto equilibrio de todas las fuerzas, no sólo de las dirigentes, sino de las dirigidas, que es de donde deben emanar las otras. Si falta uno de los elementos, el desequilibrio se produce de la misma manera que ocurriría en nuestro sistema solar si faltase uno de los astros que influye con la fuerza de su atracción en la estabilidad del conjunto.

La falta de presión por parte de los gobernados, la que no se ejerce con críticas domésticas, produce el divorcio entre el Gobierno y la opinión, de lo cual resulta que encontrándose el primero huérfano de la segunda, niegue su existencia é informe sus actos, prescindiendo por completo de un factor que se manifiesta de tarde en tarde, y más bien que por medio de un esfuerzo persistente y tranquilo por medio de explosiones periódicas que redundan á pesar de su necesidad en perjuicio de todos.

A los gobiernos, como á todo, hay que prepararles el ambiente, formarles la opinión, adversa ó favorable, ocupándose todos en la medida de sus fuerzas, de la cosa pública, para dirigir con eficacia los destinos del Estado.

LA CRÍTICA POLÍTICA

Tenemos la costumbre de llamar honestos á esos hombres que fulminan rayos contra todo lo existente, allá en las tranquilidades del hogar ó en los círculos íntimos, sin fijarnos que el individuo erizo posee asperezas de forma que no siempre reflejan un fondo puro y amante de su patria.

Esa clase de críticos, que forman legión, no sirven nada más que para producir una juventud desencantada y con ideales muertos antes de nacer, porque el ejemplo que esos tipos infiltran en los jóvenes de su familia ó de sus amistades que se acostumbran á oirlos, es el de producir en los mismos la creencia en lo imposible de nues-

tra modificación, ó sea en que es absurdo pensar en regeneraciones que no hay poder humano capaz de producir.

La crítica doméstica es, por otra parte, una de las manifestaciones más definidas de la debilidad, porque aquellos que la practican, prefieren, entre la confesión de su impotencia ó el disimulo de la misma, lo segundo, usando para hacerlo de manifestaciones contrarias á todo el orden reinante, exhibiéndose ante los suyos como un tipo superior que no puede descender al combate con individuos de baja estofa, como son los que ocupan el Gobierno.

Ese es el medio de ganar en consideración ante sus conciudadanos y ocultar con cuidado su falta de energías, su ausencia de carácter y su carencia de virilidad para combatir el mal.

Es necesario, indispensable, para que reaccionemos, que el pueblo deje de oir á esos embaucadores y acompañe á la gente de acción, á la que no se le predica ridículas abstenciones, sino el ejercicio de todos

sus derechos, reclamándolos por la fuerza si pretenden serle negados por las vías legales. Y conste que al decir gente de acción no damos á esa frase el significado corriente entre nosotros, ó sea el de gente que hace profesión de cuestiones electorales, sino que nos referimos á los individuos que tienen como principio el ejercicio amplio de sus derechos.

¡El pueblo es el soberano y es la mayoría; todo gobierno debe emanar de esa fuente!

A los que hablen de abstención por la seguridad que se tiene en el resultado negativo del esfuerzo, se les puede oponer como prueba de lo contrario todos nuestros antecedentes que muestran como cada vez que la masa popular ha discutido sus derechos con verdadera energía, los poderosos que usurpan sus facultades aprovechando del abandono, las han entregado cediendo á su empuje.

No es necesario ir muy lejos: sucesos que pueden clasificarse de recientes, evidencian esos asertos.

El año 1901 el P. E. de la Nación presentó á la consideración del Congreso un proyecto que tenía por objeto la unificación de la deuda pública en condiciones que limitaban la soberanía nacional.

Los principales órganos de la prensa combatían el proyecto en forma violenta; la atmósfera estaba caldeada cuando un grupo de ciudadanos residentes en la ciudad de La Plata, se reunió y resolvió formar un comité que se opusiera á la unificación y agitara al pueblo en ese sentido. Al día siguiente los diarios anunciaron el modesto movimiento que á pesar de todo iba creciendo, se formaron como consecuencia nuevos comités en la capital de la República, se recibió la adhesión de las Provincias más lejanas y un buen día en vísperas de tratarse la ley combatida, cuando las Cámaras iban á avocarse el conocimiento del asunto, se vió al pueblo en la plaza pública, unido, compacto, rechazando con la fuerza de sus brazos á los agentes del orden público que pretendían

disolverlos y protestando en todos los tonos contra esa imposición que creían dañosa para el país. El pueblo entonces no tuvo jefes; ningún personaje político se puso á la cabeza del movimiento, que era anónimo, no teniendo una bandera personalista; era solo llevado por las exigencias de su patriotismo.

El Gobierno tenía fuerzas armadas y no las tocó, tenía influencia decisiva en el Congreso y no la extremó, tenía la cuerda en su mano y no se atrevió á tirarla, porque el manso pueblo se había convertido en una fiera cuyo poder aumentaba cada minuto, y que hubiera despedazado con su acción decidida á todos los elementos que se le quisieran oponer.

Se pueden expoliar los tesoros que guarda el dragón cuando está dormido, pero ¡ay! de los ladrones cuando éste despierta.

El epílogo respondió á las circunstancias; el proyecto fué retirado; se decretó el estado de sitio para contener los desórdenes y salvar el principio de autoridad y

se produjo un vuelco en la política nacional dividiéndose el condominio del partido gobernante y alejando como derrotada á una personalidad eminente, cuyo talento no lo discuten sus mismos adversarios.

La idea de la desmembración de Buenos Aires fué igualmente enterrada por una acción parecida, y si estos ejemplos recientes nos prueban que cuando el pueblo se pone de pie no hay mandones que resistan, ¿porqué no nos decidimos á mantener esa presión continuamente como un control perpetuo para los individuos que gobiernan?

¿Qué fué la revolución de Mayo sino un movimiento de los desheredados contra la augusta autoridad de un príncipe rodeado del prestigio que tenía un trono ocupado antes por guerreros ilustres?

Esos revolucionarios supieron lo que valían cuando derrotaron á los ingleses; nosotros también lo sabemos porque hemos triunfado siempre que hemos ejercido los derechos que ellos conquistaron y que se

encuentran consignados en la carta fundamental del país.

La acción positiva hará del gobierno lo que debe ser: un reflejo del pueblo; me refiero á la acción positiva que no tiene odios, que no reconoce prevenciones, que no es movida por antipatías y cuyos fines son la prosperidad del Estado para obtener el mejoramiento personal.

El Gobierno no está lejos; se encuentra al alcance de la mano; debe entonces tomarse y no dejarse abandonado á mercenarios, porque es un deber en todos los ciudadanos ejercitar sus derechos y llevar á los puestos públicos á los más sanos y mejores.

No hay que oir á los críticos de salón sino á los que levantan su voz en la calle, en la plaza, en los diarios, incitando al cumplimiento del deber, á los que dicen á los gobernados: esos derechos que las leyes os dan no podeis abandonarlos; es un depósito sagrado que os han hecho vuestros mayores y que debeis conservar

usando todos los medios lícitos, incluso el de la violencia, que también es lícita cuando se pone al servicio de una causa buena, si no quereis convertiros en eunucos, en individuos que han traicionado la herencia de gloria que han recibido y que no son siquiera dignos de llamarse hombres libres.

Dejarse arrancar sus derechos cívicos por un grupito de usurpadores, equivale á dejarse llevar la bandera por un vivandero; la nacionalidad está constituída no sólo por hombres sino por instituciones; dejar que éstas se pierdan equivale á quitarle un girón á la glorioso enseña, quizás más importante que el de una pérdida de territorios despoblados.

Debe tenerse muy presente que la libertad conquistada y que las leyes consagran, no se pide como una gracia, sino que se exige como un derecho; si los encargados de guardarla la niegan y usurpan, el pueblo debe reemplazar á sus malos mandatarios que han resultado infieles á sus promesas y juramentos.

LA ABSTENCIÓN POPULAR

Decía Séneca que la corriente llevaba á los individuos que cedían á sus impulsos y arrastraba á quienes la contrariaban.

Ese principio constituye una verdad no sólo de carácter físico sino también social. Tanto en las cosas, como en las personas, la tendencia natural, consiste en la adaptación á las fuerzas del ambiente, tratando de colocarse en condiciones tales que esos elementos no la molesten.

El cuento del paisano, según el cual el tropero debe correr á la cabeza de una tropa desbocada y no tratar de detenerla, es una verdad que se repite todos los días.

Los hechos, los actos de los individuos,

los acontecimientos de la vida pública, no son más que resultados de la corriente en la cual entran como factores individuales que son confundidos por la misma, los esfuerzos de los que pretenden sobreponerse á ella.

Si conocemos entonces la causa del efecto, y si esa causa se encuentra en nosotros porque la corriente deriva de nuestras personalidades, de las que es resultante, es indudable que conviene formar y dirigir esa causa, para que las consecuencias que se produzcan estén de acuerdo con nuestros deseos.

En la vida política de nuestra nación, observamos, á menudo, un divorcio absoluto entre el gobierno y el pueblo, entre mandantes y mandatarios, entre representantes y representados.

Si nos atuviéramos al texto de las leyes y á los preceptos que contienen como expresión de la verdad, sería forzoso sostener que la ley eterna que establece las relaciones de causa y efecto se había borra-

do y que no constituía una verdad universal, sino una de tantas quimeras forjadas por un espíritu elevado y susceptible de borrarse en la experiencia á que fuere sometida. Si tal ley existiera, siendo los poderes públicos efecto y consecuencia del pueblo, tendrían que informar sus actos en el molde que les prescribiera el elemento generador.

El hecho de que así no sea, implica la destrucción de la ley, pues deriva de la falta de aplicación de la misma, y esa apariencia de falsedad sólo se produce para aquellos que miran con el criterio del principio *escrito* y no con el de las prácticas que lo destruyen ó modifican.

En realidad, el pueblo no es el mandante del Gobierno, no es el que lo elige ni designa, porque casi todos los gobernantes imponen un sucesor que se sienta en el sillón del mando, huérfano de opinión y de prestigio.

Y observamos un hecho sugestivo: nuestros gobiernos se establecen teniendo á su

cabeza al jefe del Poder Ejecutivo al que se someten de un modo incondicional todos los otros poderes del Estado. En presencia de una orden, de un deseo expresado por el Presidente ó el Gobernador, son pocos, muy pocos los que no se doblan y generalmente ese calor oficial derrite las reputaciones, arquea los preceptos del Código, fusiona cuerpos que parecían rebeldes é impone leyes que sólo obedecen á esa voluntad.

La Legislatura erige en preceptos los deseos transmitidos, los jueces modifican su jurisprudencia y todo se amolda á ese patrón único que constituye el unicato, siempre combatido, siempre despreciado y siempre victorioso.

Pero, ¿quien tiene la culpa de que el Poder Legislativo obedezca al gobernador ó Presidente, de que los jueces se dejen imponer por el mismo y de que las leyes sean más que una verdad triunfante, una quimera ambicionada?

Generalmente, se dice, que el Gobierno

porque no cumple el mandato conferido, traicionando sus hombres el juramento prestado. No puede indudablemente eximirse á esos hombres de responsabilidad, pero creo y sostengo que la verdadera culpa, se encuentra en el pueblo mismo y no en los individuos que lo gobiernan.

De ordinario las personas que ocupan los puestos públicos electivos, no han sido llevadas por el pueblo. La mayor parte de los electores no ejercitan sus derechos y se abstienen de hacer sentir su acción de ciudadanos.

El gobierno resulta entonces un producto espúreo que no proviene de su fuente teórica, sino de la voluntad del que manda, cuyos amigos simulan elecciones ayudados por empleados, aspirantes á empleos y gente asalariada que se contrata siempre á esos efectos.

A veces el funcionario así impuesto resulta bueno, pero cuando muestra malas calidades, ¿tenemos el derecho de reprochárselo? ¿Podemos exigir que una per-

sonalidad nacida por el esfuerzo de un grupo de matones y electores de profesión, pueda cumplir los ideales de una democracia más ó menos perfecta?

Plantear la cuestión es resolverla en un sentido negativo á la pregunta.

De la misma manera se eligen diputados y se designan jueces. Esos individuos no sólo no tienen relación con el pueblo, sino que lo desconocen, lo niegan, no lo han visto en el atrio, no lo sienten en la acción, y lejos de temerle lo repudian.

La tan ponderada frase de De Maestre, viene así á tener una confirmación, debiendo establecerse que no sólo tienen los pueblos malos, gobiernos malos, sino que los pueblos indiferentes tienen gobiernos que no son su resultante.

Se cumple una vez más la ley física de la presión y de las atracciones. Un legislador que no ha sido designado por los electores de su distrito sino, que ha sido nombrado por el gobernador, siente á éste y no al pueblo, obedece á quien lo llevó

y no á quien debió llevarlo. No existe vínculo alguno entre el representante y la fuerza popular, porque ésta hizo abandono de sus derechos y no se dejó sentir en la elección practicada.

Los jueces no tienen el control de la opinión y saben que un acto de independencia puede muchas veces costarles un puesto que no les será devuelto porque no hay pueblo que los recompense espontáneamente con una posición electiva ó siquiera con un simple aplauso. Se establece entonces el sistema de la obediencia al amo, único elector, y todo se perturba con fatales consecuencias para la vida política del Estado.

El único medio que existe en una democracia para que los gobiernos respeten á su pueblo, se encuentra en el ejercicio de sus derechos por parte de ese mismo pueblo para que los gobernantes sean realmente sus mandatarios. Es posible, sin embargo, que se incurra en el error; pero de ese modo elegidos todos los poderes,

el que se desvía de su recto camino es eliminado por medio de las formas que establecen las leyes previendo esos casos.

Una legislatura independiente es un peligro para un poder ejecutivo malo; una legislatura nombrada por el poder ejecutivo es una oficina pública que recibe órdenes y obra en consecuencia.

Preveo las objeciones basadas en la imposibilidad de la lucha, en el poder de la fuerza, la influencia del dinero. Si la acción fuera sencilla, el problema no existiría; es precisamente porque hay dificultades, que se presenta una cuestión, pero es indudable que la acción persistente en la ley ó enérgica fuera de ella, cuando el enemigo se sale de la misma, no puede presentar otra cosa, que el éxito como resultado [1].

Ejemplos de nuestra vida política, casos recientes y conocidos, son la mejor justificación de mis asertos.

---

[1] Ver el capítulo: *Las Revoluciones.*

El partido socialista, que es quizá el único que existe entre nosotros organizado con un programa, que sigue hasta hoy, levantó el pasado año 1904 sus candidatos para ocupar las diputaciones al Congreso que se encontraban vacantes. Hacía tiempo que ese esfuerzo se repetía; cualquiera que fuese el número de votantes, por seguras que fueran las probabilidades de la derrota, esa agrupación se presentaba á la lucha y sus afiliados depositaban su voto por el candidato de sus simpatías.

Su primer triunfo, la elección del doctor Alfredo L. Palacios, ha sido la expresión de la voluntad popular en el distrito por donde fué designado.

Y no hay discusión importante ni asunto que debata ese verdadero representante que no cuente con la concurrencia de muchos de sus electores que lo aplauden, lo vivan y lo acompañan porque se sienten ellos mismos en el seno del parlamento, en la persona del diputado que han elegido.

Ése es el verdadero ideal de la democracia: que cada ciudadano se vea representado por algún miembro del Poder Legislativo.

Esa misma acción de los ciudadanos produjo la condena de varios personajes acusados de infracción á la ley electoral, y sólo los salvó una ley de amnistía que no alcanzó á borrar los efectos saludables de esa acción.

La ley de olvido fué consecuencia de la máquina montada, pero si esas energías pesaran siempre, ó la máquina se desarmaría de una manera paulatina ó sería destruída de una manera violenta.

El pueblo es todo, la razón y la fuerza. Tiene en sus manos el derecho y el poder. Sólo le falta educar su ejercicio y hacerlo efectivo con energía y paciencia.

LA ABSTENCIÓN POPULAR

(Continuación)

La tendencia del hombre, como la de todo ser organizado, es la de sobreponerse á los demás en la lucha por la vida, y de tratar de ser un dominador y no un dominado.

Los individuos, como los pueblos, cuando no sufren el contrapeso de otros que detengan sus expansiones, ensanchan su actividad y extienden el campo de sus conquistas. Este fenómeno ha ocurrido y ocurre siempre porque es una consecuencia de la naturaleza humana, y de la tendencia innata á la expansión individual.

Cuando las personas ungidas con el go-

bierno no sienten ninguna fuerza que se oponga á sus decisiones, cuando no encuentran una valla más allá de la cual no pueden penetrar, van poco á poco usurpando derechos de otros, hostigados por la serie de amigos que los rodean y por los compromisos contraídos, no pudiendo sustraerse á la conveniencia de invadir una situación ventajosa que nadie ó muy pocos defienden.

Un presidente ó gobernador se siente más cómodo cuando puede sin esfuerzo nombrar diputados ó senadores, que cuando no lo hace, porque tiene más prebendas que repartir y más amigos que contentar, y porque faltando la resistencia popular, si él no lo hace lo realiza otro más audaz, á cuyo alrededor se congregan los elementos que *trabajan* en política.

Los unicatos son la consecuencia forzosa de la abstención; hombres buenos y hombres malos tienen que llegar á él, si el pueblo se abstiene, ó coronar su gobierno con un fracaso para entregar el mando

al jefe del partido ó presidente de comité que siguió el sistema y venció al lírico.

La Provincia de Buenos Aires ha ofrecido un ejemplo de lo que afirmamos. El año 1893, la gobernaba un grupo de partido que había concentrado todos los poderes en manos del Gobernador. El sistema fuertemente combatido, fué derribado por un sacudimiento popular, que abatió todo lo antiguo. Se mandó como consecuencia una intervención nacional y se tomaron medidas para la reconstrucción de todo el gobierno en sus tres ramas, bajo bases esencialmente populares. Se realizaron elecciones libres, se organizó un gobierno que debía suponerse la resultante de una opinión sin trabas y las gentes quedaron aparentemente satisfechas. Por lo menos no se discutió la legalidad de las elecciones, ni la libertad que había informado esos actos.

Pero, ocurrió lo de siempre; á la explosión de las fuerzas oprimidas, sucedió el desaliento; las oposiciones populares se

desarmaron, y paso á paso los más audaces y trabajadores, á la sombra de la indiferencia, fueron adquiriendo posiciones, hasta llegar al momento actual, en que el divorcio entre pueblo y gobierno está otra vez pronunciado, y en que no se diferencia de 1893, sino en la cantidad de los abusos, que son hoy mucho mayores que entonces. Me refiero como es natural á la Provincia mencionada.

Si las fuerzas desarrolladas el 93 hubieran continuado pesando, esa evolución no se habría producido, porque el gobierno hubiera sido ocupado por los que tuvieran más condiciones positivas, y aún cuando los hombres que figurasen fuesen los mismos de hoy, su comportamiento hubiese sido distinto, porque habrían tenido que computar para sus actos, elementos que hoy no se cotizan.

Cuando no hay electores que voten, á un gobernante le es cómodo designar legisladores; no tiene casi nada que presionar y posee en cambio mucho que satisfa-

cer. Cuando tiene á su lado un núcleo que se le puede poner enfrente y que guarda celoso sus prerrogativas, es necesario para imponer, recurrir á la violencia, y ese procedimiento, que no es de nuestra época, tendría que dar como resultado la caída de los culpables.

Entre nosotros las imposiciones oficiales obedecen más que todo á un fenómeno de auto sugestión en los electores. Nadie va á la lucha, nadie acude al atrio, porque teme la presión del gobierno. De este modo los que concurren son un número pequeño, intimidado por las versiones que ellos mismos hacen correr y dispuestos á protestar en el papel para salvar las formas. De esta manera la elección siempre se pierde, y muy poco es lo que tiene que presionarse para que la gane el Gobierno. Generalmente los fraudes que realizan los políticos de profesión son hechos *por lujo* ó por el deseo de *hacer méritos* de habilidad ante los superiores que los amaestran.

Puede que piense con lirismo, pero creo

que á una mayoría real de electores que fuera al comicio dispuesta á todo, ni se la barrería á balazos, ni se le ganaría la elección por medio del fraude. Lo primero, sería producir de arriba una revuelta que nunca se desea; lo segundo, provocar un incidente con cada elector, lo que podría quitar seguridad personal á los escrutadores delincuentes.

*
* *

El único poder popular que tiene importancia en la Argentina, es la prensa, poder que influye en el gobierno, que agita á veces á la opinión pública, pero que tiene el inconveniente de obedecer á personalidades determinadas, las que muchas veces se dejan llevar, por sus afectos ó por sus odios.

Puede afirmarse, sin embargo, que es el único contrapeso existente contra el abuso de los fuertes, el único asilo donde generalmente halla protección la víctima de

un atropello. Fuera de él no hay opinión: ésta duerme para despertar de su letargo en sacudimientos violentos y lamentables.

*
* *

La tendencia humana á la amplitud de horizonte y á la absorción de las cosas de los otros para aumentar la propia comodidad, tiene en nuestro gobierno precedentes que imponen el sistema como una ley, cuando no se le contraría con la acción defensiva de las presuntas víctimas del despojo.

Las leyes eficaces no son creaciones espontáneas, sino que derivan de las costumbres que se han ido incrustando en los individuos con el carácter de hábitos, á medida que la humanidad ha evolucionado.

En nuestra historia política, la libertad no ha sido siempre el patrimonio de los ciudadanos; magnates enviados desde España gobernaban á las lejanas colonias con

un régimen que estaba más cerca de la arbitrariedad que del derecho. Esos aventureros vestidos con trajes de gran señor, imponían su voluntad como la ley más sana del gobierno.

La revolución de Mayo, primero de nuestros sacudimientos nacionales, destruyó el sistema é introdujo instituciones que eran la última palabra de las conquistas realizadas por pueblos oprimidos que las consiguieron á costa de sus sacrificios. Para fabricar esas leyes, escritas en su origen con sangre generosa, nos bastó un poco de tinta y algunos estudiosos que las adaptaran.

Exteriormente, el cambio estaba consumado; interiormente, quedaba el rabo por desollar, puesto que no era posible concluir en un día con la avalancha de prejuicios reinantes y con los antecedentes de sumisión en los gobernados y los propósitos de mando absoluto en los gobernantes. De ahí el gobierno de los caudillos y la dictadura de Rosas.

Mucho de eso ha desaparecido, pero

álgo queda. Por tanto, nosotros como pueblo que no tiene firmes tradiciones de libertad, estamos más obligados que nadie á mantener una presión constante que recuerde á nuestros mandatarios las conquistas hechas y les muestre la posibilidad de repetir escarmientos, si las desconocen por medio de sus actos!

*
* *

Proclamar la abstención porque no hay garantías, equivale á confesar que las libertades consagradas no existen y que han sido arrancadas por un grupo oligárquico. Esa declaración es deprimente y antipatriótica. Deprimente, porque exhibe con los brazos cruzados, en presencia de un atentado, á quien tiene la obligación de impedir que se cometa. Antipatriótica, porque es deber de todo ciudadano, la de conservar incólumes todos sus derechos.

Una manifestación de esa especie sólo es concebible, cuando domina un gobier-

no contra el cual se hayan agotado todos los medios de acción pacífica, y cuando se está preparando la revuelta que ha de echar por tierra á los usurpadores. ¡Fuera de allí, es una velada cobardía, que no se justifica con los adornos elocuentes de un manifiesto vibrante!

PERSISTENCIA EN LOS PROGRAMAS

Los políticos de mala fe, que abundan en todos los tiempos y en todos los países, han seguido reglas de conducta parecidas á las que inspiraban los actos del célebre Maquiavelo. La antigua máxima «dividir para reinar», ha sido y es una norma de procedimiento.

Las asociaciones populares y en general todos los grupos de hombres que han combatido por una idea, han opuesto á ese principio otro no menos exacto y verdadero, que han sintetizado en un lema muy conocido: «la unión es la fuerza».

La experiencia nos muestra, pues, que una agrupación se encuentra expuesta á ser tiranizada cuando no tiene cohesión

que le suministre fuerza, ó cuando un mandatario astuto, que quiere á toda prueba conservar el poder introduce la cizaña y predomina sobre los divididos.

Una de las razones por las cuales la República Argentina presenta gobiernos que no son el exponente de sus aspiraciones se encuentra precisamente en la falta de cohesión. Esa ausencia de unidad en las agrupaciones, no es un resultado de la intriga de parte de los hombres de gobierno: es una consecuencia de dos factores que es necesario limitar para llegar á transformaciones favorables. Esos elementos son: la desconfianza y el exitismo.

Cuenta Anatole France que sufriendo Siracusa una bárbara tiranía, una anciana iba todos los días á la iglesia para pedir en alta voz por la salud del déspota; éste, asombrado al saber que había alguien en el pueblo que rogase espontáneamente por su persona, la mandó llamar y le pidió le expusiera las razones que la llevaban á producir esas plegarias. La viejecita le con-

testó, diciéndole que había observado en su larga vida que tras un tirano que se desalojaba del gobierno venía uno peor, y que por eso, á pesar de considerarlo muy malo á él, deseaba que no se fuera, en previsión de uno más malo.

A nuestro pueblo le ocurre algo parecido á lo que sucedía á esa anciana, porque está poseído de una inmensa desconfianza. No quiere embanderarse en partidos temiendo la traición ó el logro de unos cuantos por sobre sus personas.

En una palabra; se teme el cambio de los nombres á costa de sus esfuerzos, para continuar el régimen sin más beneficio que el obtenido por los favorecidos.

El temor es explicable. Ya no es la primera vez que el pueblo ha sido defraudado en sus esperanzas, que se ha entregado por completo á una tendencia nueva, y que una vez conseguido el triunfo, ha visto practicarse lo mismo que se combatió con un simple cambio de etiqueta.

La culpa en todos esos casos corres-

ponde en parte á los jefes infieles, pero deben cargar con ella, y en mayor grado, todos aquellos que colaboraron á la exaltación sin haber tomado las precauciones debidas.

Si interrogamos á los ciudadanos antes de una elección para saber á que bando político se encuentran incorporados, es seguro que vamos á obtener como contestación el nombre de un jefe con la terminación *ista*. Los encontramos divididos en mitristas, roquistas, pellegrinistas, etc., equivaliendo cada uno de esos calificativos á partidarios de Mitre, Roca, ó Pellegrini. Será muy difícil encontrar un individuo que responda á verdaderas ideas, que actúe en política prescindiendo de los hombres ó por lo menos colocándolos en segundo término, y poniendo primero á sus principios.

¿Cómo quieren, entonces, esos partidarios de hombres y no de programas, que esos individuos que no están sujetos á ninguna idea común, no defrauden sus esperanzas?

El liberal que vote por un católico no tiene motivo para quejarse si éste habla en contra del divorcio, pues debió conocer las ideas de su candidato y estar ligado por ellas antes de sufragar por él en el comicio.

La desconfianza, entonces, no tiene razón de ser. Contra ella deben tomarse precauciones y lanzarse en pos de principios que deberán ser cumplidos por los individuos que lleguen. Así, y sólo así, se evitarán esas equivocaciones que no tienen remedio después de consumadas, y de producido el hecho, pero que proporcionan grandes desalientos.

El jefe debe ir, además, controlado por todas las personas que lo siguen. No se trata de dar un impulso, colocar á un hombre en una banca y echarse á dormir. Se impone hacer algo más. El elector debe tener relación con su representante, ser un convencido de las ideas que forman su programa y vigilarlo para que persista en su cumplimiento. Si, á pesar de todo, lo

que es muy difícil en las condíciones apuntadas, el representante no cumple, llevará su castigo cuando vea que sus electores lo abandonan y que no lo llevan más al puesto de confianza que le dieron con su voto.

Cuando se lucha por un ideal con persistencia y convencimiento, la fe en el resultado no puede faltar. Para ello es necesario que el principio que mueva al individuo sea tan preciso como el que obliga á la brújula á marcar siempre un mismo punto á través de todos los movimientos y á pesar de los fuertes embates que produzca una tempestad.

El éxito debe ser un fin perseguido con propósitos nobles; nunca un medio destinado á la obtención de un lucro.

Hay mucha gente que prefiere quedarse en su casa y no batirse en la lucha diaria de la política basada en el temor de que otros aprovechen sus esfuerzos y ellos no saquen nada.

La higiene del país, la prosperidad del mismo, la honradez administrativa, son

puntos secundarios ante las conveniencias personales.

¿Quién vendrá si abatimos esta situación? ¿Qué ventajas obtendremos con nuestro sacrificio?, son las preguntas de orden.

Para hacer política con propósitos de patriota, es necesario combatir el mal por el mal mismo, sin fijarse sino como elemento secundario en lo que ha de venir, y sobre todo es preciso no llevar á fines sociales sus odios ni sus conveniencias de carácter personal.

Preguntar qué beneficio se obtendrá de una gestión patriótica, significa posponer á ventajas generales su interés del momento, sin fijarse que contribuir á sostener una situación mala equivale á forjar la espada con la que sabe le darán la muerte.

El éxito es agradable porque constituye el coronamiento de las aspiraciones, y toda persona desea llegar á ese objetivo. Pero el éxito noble, aquél que debe perseguirse luchando por alcanzarlo, es el social, que

sirve á todos, y en consecuencia á uno mismo.

El que va á la caza de éxitos personales, es un traidor exactamente igual al que vendió á su maestro por los treinta dineros de la historia.

En todas las materias y sobre todo en la política, el círculo vicioso se forma prontamente. ¿Por qué tenemos una cantidad de ciudadanos que se embanderan en política y que cambian de color á los efectos de obtener empleos como precio á sus deslealtades? Indudablemente porque los casos de exitismo sirven de ejemplo, y los gobiernos y partidos oficiales tienen interés en fomentarlo. Si preguntáramos porqué lo fomenta el gobierno y porqué lo admiten los partidos expresados, se nos contestaría que era á causa de la costumbre, ley que no tenían más remedio que tolerar y seguir.

Sea cual fuera el génesis, ya dependa de mandatarios infieles que degraden para gobernar tranquilos, ó de dificultades que

los ciudadanos sientan, es de parte de estos últimos de donde debe venir la reacción. Ella no puede esperarse de individuos que han surgido divorciados de la voluntad popular y que tienen desprecio y miedo á esa entidad á la cual no conocen.

Las flores no crecen en los pantanos; es preciso desecarlos para que dejen de ser un pudridero.

Para destruir á los malos, es necesaria la unión de los buenos que persiguen propósitos comunes y el abandono de la desconfianza y de los propósitos de éxito personal.

Sobre todo, cuando una situación sea mala, hay que combatirla sin desdeñar ningún esfuerzo, sin despreciar colaboradores, sin fijarse quien pueda lucrar y sin erigirse, los que inicien el movimiento, en salvadores únicos de la patria.

Posponiendo todo interés á esos principios, hay un horizonte inmenso por delante, tan grande, que sus proyecciones últi-

mas no se ven; se pierden allá lejos, tan arriba, que no alcanza á pesarlas la ciencia, pero que las vislumbra la fantasía.

EL CAUDILLO

La organización de nuestros partidos obedece generalmente á un hombre que reune las simpatías de un grupo y se erige en caudillo del mismo.

Antiguamente, cuando nuestra civilización se encontraba en estado incipiente, esos grupos eran pequeños y obedecían sin control alguno al jefe que los mandaba. Quiroga, Aldao, Carrera ó el Chacho, no tenían más programa de política que el beneficio personal del grupo que acaudillaban, á cuyo efecto, saqueaban, robaban, violaban, sin más fin que castigar al enemigo y procurarse satisfacciones. Sus propósitos no eran más adelantados, ni más

Sarmiento sintió al caudillo; experimentó su opresión, sufrió el destierro por su causa, librándose de la muerte porque puso entre él y su persona una barrera de piedra: la Cordillera de los Andes.

Vicente López también: ambos vivieron su propia vida, experimentando en sus mismas personas los vejámenes del sistema. Ambos tienen contra él agravios personales y es justo que cada uno refiera las cosas como las siente y que haga psicología política de acuerdo con sus impresiones personales.

Uno y otro al combatir al caudillo como lo hacen, entregan á su país sus impresiones más íntimas, las expresiones más sinceras de sus espíritus, haciendo donación á las generaciones del porvenir de toda su experiencia y de todos sus consejos en lo que cren conveniente para el progreso de la patria.

Pero, el caudillo no es un producto exótico: Quiroga no es una florescencia de invernáculo que por rarísimas circunstan-

cias ó por influencias extrañas pudiera haber dominado el interior de la República; Rosas no constituye una imposición del propio esfuerzo; Artigas no es el resultado de sí mismo, y su dominio de parte del litoral no se ha debido á otras fuerzas que á las de ese mismo lugar que dominaba.

El caudillo, como todo jefe, como todo gobierno, es el resultado de la sociabilidad que los produce. La discutida frase de De Maestre: «Los pueblos tienen el gobierno que merecen», podría particularizarse diciendo: los grupos tienen el caudillo que producen.

Si Quiroga, si Rosas, si Artigas, tuvieron una actuación que la posteridad ha considerado funesta, no ha sido porque fueran ellos particularmente malos, dominando por casualidad á un pueblo de ángeles, sino porque la sociedad en que vivían los reclamaba como un exponente necesario de su cultura y adelanto.

Si eran malos los caudillos, era malo el

medio y no es sólo la cabeza la que debe ser atacada, cuando la enfermedad deriva del estómago, de las extremidades y de todo el cuerpo en general.

Es posible que se observe, que un pueblo capaz de producir á Rivadavia, no merecía á Rosas; que Sarmiento no merecía á Quiroga, que San Martín no correspondía á Artigas. Nada más exacto, pero nada más cierto también, que las idiosincrasias de los pueblos no se toman estudiando á unos pocos, sino á la resultante de los elementos aunados.

Cuando á un psicólogo se le ocurre estudiar los caracteres de una agrupación, no se inspira en los manicomios, ni en las altas esferas de la inteligencia, porque de ambos puntos obtendría resultados extremos que no consultarían la verdad. En ese caso examina todos los elementos y prepara sus conclusiones mezclando el oro con el cuarzo para investigar después el valor del conjunto.

En los momentos actuales, ¿cuántos

Quirogas no habrá dentro del cuerpo de obscuros delincuentes que terminan sus días en una cárcel? ¿Cuántos *Moreiras* ignorados que encierra la policía en su primer intentona de pelear á la partida?

Hoy, ¿sería posible un gaucho malo, que atemorizase á los pobladores de la campaña y se burlase de las autoridades? Es indudable que no, porque nuestro estado de adelanto lo rechaza y el individuo que pretendiera alcanzar la celebridad usando de ese medio, caería en el rídiculo y sería sometido á la justicia para que le aplicase un castigo.

Hace cuarenta años, sin embargo, que esas cosas estaban á la orden del día, y que el gaucho malo era un personaje tan en boga como lo es hoy el simulador elegante, que sin saber nada de nada, ocupa los primeros puestos de nuestra política y recibe los homenajes del mayor número que cree encontrar un arsenal donde todo está vacío.

Fases de la evolución, que parecen ana-

crónicas fuera de su época, pero que se imponen dentro de ella con toda la fuerza de la lógica. Naturalmente que me refiero á la media social.

No es, entonces, el caudillo lo malo, sino el mal caudillo. El jefe del grupo, el individuo que reune voluntades y las dirige, ha existido siempre; en la naturaleza misma se notan las diferencias de tipo á tipo, como si hubieran nacido los unos para dirigir, los otros para ser dirigidos.

El caudillo es una manifestación de toda sociabilidad y aun entre los individuos más libres, puede existir sin que ello importe una anulación de la voluntad propia para ser substituída por una extraña.

Cuando un grupo tiene una idea, su caudillo llamado á cumplirla, es el ejecutor de la misma y su misión es noble porque representa inteligencia y fuerza. El mal se encuentra en el caudillo de los inconscientes, que no tienen ideas directrices y que le entregan todo, para que

haga de sus personalidades aquello que le parezca y para que los lleve á donde quiera, con tal que les proporcione los elementos necesarios para la vida.

¿Por qué han sido funestos nuestros caudillos? ¿Por qué se pretende sostener que el caudillo es malo, generalizando el principio sin limitación alguna?

La respuesta la encontramos fácilmente si nos dedicamos á la observación del génesis de nuestros partidos organizados.

Cuando se funda un partido, se expresan como principios aquellos que establece la Constitución Nacional: vamos á combatir, dicen sus manifiestos, por la libertad de sufragio, de prensa, de reunión, etc., vamos á perseguir la honradez administrativa y á impedir la opresión.

Resulta de esto, que todos los partidos tienen el mismo programa y que su diferencia se encuentra en los hombres que se han puesto al frente de los mismos para tratar de cumplirlos. No se agrega, aunque se lee entre líneas, que todos esos

beneficios y todas esas libertades se quieren obtener *pro domo sua*, sin preocuparse si los obtendrán los demás. Sólo así se explica que se encuentren en filas distintas los individuos que persiguen los mismos ideales. Sólo así se explica que haya autonomistas nacionales roquistas, saenzpeñistas, pellegrinistas: que haya habido cívicos nacionales y cívicos radicales, que hayan tenido actuación radicales de Alem y radicales de Irigoyen; y que hoy mismo existan republicanos mitristas y republicanos udaondistas. Todo esto, sin entrar á las pequeñas políticas de provincia donde todo es un caos de nombres y de intereses personales.

No se combate, entonces, por una idea determinada, sino por un hombre que se lleva al frente sin fijarse que los principios que se sustentan y que son los que establece la Constitución, están ya establecidos en la carta fundamental y que es un absurdo combatir para obtener lo que se tiene. En este sentido, los partidos debían

luchar por la educación popular, tratando de que todos conocieran sus derechos, y en la propaganda sin desmayos para tratar de conseguir el ejercicio de los mismos.

Los partidos sin programa, siguen al caudillo; como éste no tiene ideas que den base á la organización del partido, sigue los impulsos de su voluntad, se hace utilitario y transa por la obtención de posiciones. La observación que me hacía un político con quien discutía una transacción, á mi juicio vergonzosa, tenía razón de ser bajo su punto de vista. Nada de fundamental nos separa, me decía, y era perfectamente exacto. La separación no estaba en ninguna idea, porque no las tenían; no se encontraba en ningún principio, porque carecían de ellos; estribaba tan sólo en un interés ó en un hombre, y éstos se allanaban partiendo las prebendas ó con un fraternal abrazo como en los duelos *pro fórmula,* ó en una *eliminación patriótica* de uno de los caudillos que se eclipsa por unos días para aparecer poco después co-

mo un favorito, á quien se ha dado todo lo que se convino al realizar el pacto.

El origen del mal no se encuentra en el caudillo sino en el medio que lo produce; y éste, para variar, necesita ser movido no por individuos que pueden cambiar, sino por ideas á cuyo servicio se encuentren tanto el jefe como el más insignificante de los asociados.

Entre nosotros, la desaparición del caudillo determina la muerte del partido; porque siendo éste el hombre, su fallecimiento lo arrastra. Nuestros caudillos podrían decir con razón, parodiando á Luis XIV, «el partido soy yo».

Las desgraciadas consecuencias que se desprenden de este orden de cosas son palpables.

La falta de consecuencia, la ausencia de propósitos definidos, los arreglos burdos entre las agrupaciones en lucha, no reconocen otro origen que la carencia de ideas que los muevan, de programas que los obliguen. No son grupos de convencidos

que llevan una bandera sino sectas personalistas que persiguen los puestos públicos. Por eso se encuentran tan cerca cuando se trata de hacer acuerdos, pues se aperciben que no hay disidencias de fondo y que las de forma se pueden arreglar con un reparto equitativo.

En nuestra democracia primitiva, en ese pueblo del año veinte, que sufría los mismos espasmos y que se agitaba en las mismas convulsiones que tendría un ciego á quien de pronto y sin gradaciones se le diera la luz, el partido personal, la horda inconsciente arrastrada por el caudillo, es la regla y se explica no sólo en la ignorancia sino en el hábito de la obediencia. El pueblo está acostumbrado á ser dirigido y aun cuando se sabe que ya no se tiene sobre él ese derecho, se esclaviza voluntariamente y se entrega al jefe para que lo domine en la misma forma que antes lo verificaban sus monarcas.

El gran paso á darse consiste en la substitución del hombre por la idea, para se-

guir no al individuo por ser quien es, sino al ideal que lo lleva, de la misma manera que en la batalla, el soldado sigue á la bandera sin fijarse quien la enarbola.

De ese modo la muerte del caudillo no destruye el partido, la infidencia ó la traición del jefe no hacen desaparecer al grupo. La eliminación de un elemento directivo puede ocasionar la pérdida de un contingente apreciable, pero nunca el abatimiento completo de un grupo con ideales definidos.

En todos los órdenes de la humanidad, cuando los grupos tienen fines determinados, una defección ó una muerte son incidencias de la vida que no arrastran á la asociación.

Así también se evita el mal caudillo, pues su eliminación se resuelve cuando no marcha de acuerdo con las ideas que informan el partido.

El personalismo puede ser bueno para los inconscientes, pero nunca produce resultados favorables entre hombres conven-

cidos de su derecho y cumplidores celosos de su deber.

Nos toca resolver esa gran etapa para dar un paso de avance en nuestra evolución.

LA MÁQUINA ELECTORAL

Los gobiernos electores, es decir, nuestros gobiernos, recurren para dominar por medio del fraude á lo que llaman pintorescamente «la máquina electoral». El estudio de su formación y eficacia debiera ser uno de los puntos que más preocuparan á todos los ciudadanos, porque su existencia asegura el fraude, y su abatimiento evitaría las represiones que son más violentas y más perjudiciales que la prevención serena anterior al hecho.

Antes que la máquina se arme, contrariando su gestación con la actividad individual y la de los partidos, el mal del fraude y de la coacción tiene remedio; después de armada es un imposible, puesto que

todas las posiciones quedan tomadas con apariencias perfectas de legalidad que imposibilitan todo recurso, no dejando á los sufragantes más sanción que la siempre lamentable de la fuerza.

El génesis del voto, y podría decirse que del fraude, se encuentra en la inscripción. Como la Provincia de Buenos Aires puede servir en la actualidad de anfiteatro clínico para la enseñanza de la patogenesia electoral, se explicarán las continuas referencias que al tratar de las enfermedades políticas argentinas, se hagan á ese Estado, que por sus adelantadas instituciones y por su riqueza, debiera servir en otra forma de ejemplo para sus hermanas.

De acuerdo con el art. 51 de la ley fundamental de dicha Provincia, se debe formar el registro electoral, del cual quedan encargadas las corporaciones municipales. La ley reglamentando ese punto, establece la forma y modo en que las municipalidades han de publicar las listas de las cuales se deben sortear las comisiones empadro-

nadoras, que son las destinadas á practicar la inscripción domiciliaria. (Ley de 29 de Enero de 1896, arts. 15, 4, 5 y ley de 2 de Octubre de 1897, art. 1). Esos empadronadores, son los encargados de proceder á formar el registro, anotando á todos los ciudadanos que estén en condiciones electorales, y que habiten en el distrito. Ese registro ó lista de ciudadanos, es el padrón, que debe existir en cada partido, que es á su vez, una división política. De allí se deben sortear más tarde las mesas escrutadoras para las elecciones, en las que han de salir los ungidos por el sufragio.

El fraude, por tanto, para ser eficaz debe partir de la Municipalidad. Entre nosotros, y en el argot de los politiqueros, el caudillo que tiene mayoría en uno de esos cuerpos es lo que se llama *el dueño de la situación*. Es el propietario de un género nuevo, repudiado por la ley, pero cotizado en la práctica y constituído por el padrón, que no es en realidad otra cosa, que el

conjunto de los votos de una sección política pertenecientes á un caudillo que espera la elección para volcarlos en las urnas del comicio. Es el que reemplaza en el hecho al voto individual y popular.

Veamos como se forma un padrón. El dueño de la situación encarga á unos cuantos de sus amigos de llevar á cabo la inscripción domiciliaria, y decimos *encarga* porque los sorteos se practican por los mismos y son, como esos caudillos dicen de una manera muy gráfica: *inteligentes,* porque recaen siempre y *por casualidad* en nombres de amigos y partidarios.

Con esta base, los empadronadores así designados anotan en la lista á todos los amigos, á unos cuantos enemigos y á una serie de nombres imaginarios, que constituyen el fuerte del padrón.

Una vez formado, es natural que las mesas receptoras de votos respondan á la tendencia del dueño, no sólo por su *derecho de sorteo,* sino porque su mayoría real ó imaginaria es abrumadora.

Formadas las mesas, es fácil hacer la elección el día antes ó el siguiente al designado por la ley. Los registros se copian y se ponen al pie las firmas reales y las imaginarias, y todo queda perfectamente concluído. El día de la elección se llenan las formas de la ley, las mesas se constituyen, los ciudadanos concurren ó no, pero el voto se admite y respeta, mientras los registros que van á ser computados se están fabricando en la metrópoli ó se encuentran en camino á ella para recibir el *visto bueno.*

Los ciudadanos conocen este manejo y se retraen por consiguiente de votar, pues saben que su tarea resulta inútil. Su parte de trabajo ha sido galantemente tomada por otros que les evitan la molestia de concurrir al atrio. Y esta es, desgraciadamente, la situación de la mayor parte de los partidos de la Provincia.

El sistema no es, sin embargo, infalible para sus autores que no son en realidad más que condimentadores de un plato que

debe ser apreciado y gustado por la autoridad superior, que formada de elementos de la misma ó distinta filiación de los caudillos, aprovecha á su modo el manjar que se le sirve y resuelve en última instancia los conflictos que se le someten.

Cuando ambas partes navegan en las mismas aguas, no hay dificultades, y todo se aprueba; cuando la filiación del cuerpo es distinta á la de la situación se aplica un remedio: el comicio doble. Éste se halla constituído por un elemento igual, pero dirigido en sentido contrario; el procedimiento es el mismo, pero el resultado es distinto; entendiéndose por resultado no sólo el número, sino el de los nombres de los elegidos. Todo el padrón se computa entonces en el otro comicio que se forma para una lista distinta á la que sostiene, en el primero, el propietario del tal padrón, produciéndose si el juez de la elección acepta el segundo, el original caso de echar á la calle al dueño de la casa. Lo malo del sistema, está en que el doble comicio es un

arma de dos filos: se aplica lo mismo para desbaratar el plan de un caudillo rebelde ó ensoberbecido, que para destruir una iniciativa realmente popular, que de vez en cuando se levanta para ser abatida sin piedad.

Como se ve, la voluntad del pueblo no pesa, no se pronuncia y lo que es peor no hace nada ni por pesar ni por pronunciarse.

Hay algo así como un sentimiento de impotencia, convencimiento de la inutilidad en la lucha, porque se sabe de antemano que el esfuerzo tranquilo y reposado recibirá como premio la burla de ver que el voto propio y el de los amigos va á engrosar la lista del contrario.

Ahora bien: el padrón sintetizado en un hombre que es á su vez un instrumento del gobierno, un caudillejo de cartón que se forma y se destruye á base de un comisario, funciona como un resorte. Basta ordenar que se vuelque en un sentido para que la medida se tome y el triunfo se adjudique

de acuerdo con el mandato. Como el juez de las elecciones está formado por esos mismos elementos, obedece también al amo, capaz de reemplazar en cualquier momento al dueño del padrón impidiéndole que lo usufructúe. Basta para ello cambiarle las autoridades del partido donde actúa para *fundirlo* con la misma rapidez que á un pedazo de hielo introducido en un horno.

Se forma de ese modo una armazón perfecta, la que no se puede deshacer por medio de la ley.

Las mesas son jueces de la admisión de los votos y tienen la fuerza á sus órdenes, de manera que cualquier reclamo cae en el vacío. La Cámara es, á su vez, juez de la elección, de tal modo que los escrutinios que realice no pueden ser enmendados por ningún poder, por más evidente y constatada que resulte su falsedad.

Armada la máquina, conseguidos los padrones, las mesas y el juez del acto, la acción para contrarrestar el mal tiene que ser

explosiva y producirse un movimiento armado que no tiene más origen que la enfermedad tan repetida de la abstención popular.

Si los partidos vigilaran la inscripción, fiscalizaran los sorteos, é hicieran uso del derecho de tacha, los padrones saldrían depurados y la máquina no podría armarse, puesto que serían necesarios elementos reales en la inscripción. Además, comprobada cualquier falsedad, se podría llevar el caso á la justicia del crimen é insistir en la condena de los que resultasen culpables.

En la práctica todo se hace en medio de la mayor indiferencia con extremadas facilidades para los comerciantes de la política que usurpan el voto popular. La inscripción se verifica sin que nadie se preocupe de averiguar si lo han anotado ó no; el período de tacha pasa sin que la gente se presente á deducirlas, fuera de los antedichos empresarios; y los sorteos de mesas tienen lugar sin que á una sola persona se le ocurra concurrir á presenciarlos.

La consecuencia es lógica. Los vividores de la política que permanecen agrupados junto á los hombres del gobierno, se reunen, inscriben á su gusto, tachan de igual manera y sortean del mismo modo, formando ese padrón impenetrable que es la primera condición de la eficacísima máquina.

Los partidos nada harán de práctico mientras piensen en libertarse de la opresión por medio de movimientos armados ó por la simple concurrencia á los actos electorales. Es necesario un trabajo más lento y paciente; vigilar con constancia los preliminares de las elecciones, y prepararlas de manera que puedan ofrecer garantías en el momento en que deban realizarse.

*
* *

La ley electoral que he tenido en cuenta para hacer las observaciones precedentes, es la que rige en la Provincia de Buenos Aires. Dicha ley ha dado lugar á un fraude descarado, precisamente por la con-

fianza que se ha tenido en las instituciones municipales, las que se pusieron en contacto con el pueblo y al alcance de su mano, en la creencia de que serían aprovechadas como una escuela de civismo y de que formarían en cada una de ellas un baluarte de independencia y honestidad. Los resultados no han estado de acuerdo con esos ideales utópicos, tanto que se ha pensado en la supresión legal de esos rodajes destruídos por la práctica de un pueblo tolerante y un gobierno absorbente.

En la Nación se han notado los mismos defectos electorales que en la Provincia, el mismo caudillo, el mismo gobierno elector y la misma máquina montada.

Por eso, con propósitos que se decían sanos, el Poder Ejecutivo de la Nación, propició la reforma de la ley, sancionándose por su iniciativa la que lleva el númer 4161, que fué promulgada el 7 de Enero de 1903.

Los ensayos que se han hecho de esta ley en la ciudad de Buenos Aires, han si-

do buenos en el sentido de la libertad en la emisión del voto y de las dificultades opuestas al fraude. No así en cuanto á la revelación de costumbres electorales, pues se ha mostrado una venalidad en el voto que ha hecho pensar en que todavía nos encontramos á inmensa distancia de una tolerable educación en esa materia.

En las provincias, en general, con y sin nueva ley, todo ha corrido la misma suerte; la abstención sistemática y el hábito de la máquina montada, han sido más fuertes que las inyecciones de energía que pretendiera efectuar la dicha ley.

No puede, sin embargo, tacharse de mala á la institución, pero es forzoso completarla.

No es posible pensar en leyes buenas cuando no se tienen jueces que las apliquen: si los magistrados van á ponerse á las órdenes de la máquina para no condenar á los ladrones del voto, los pocos ciudadanos valerosos, que se lanzan á la persecución de usurpadores, cual émulos del

caballero manchego, son marcados con el ridículo que nuestra opinión pública adjudica al que no tiene éxito, y sólo consiguen perder su tiempo y su dinero.

Buenos jueces ante todo para que los ciudadanos se animen á denunciar las falsificaciones electorales, sin temer las venganzas y la hostilidad de los mandones ensoberbecidos.

El ensayo pasado no deja una impresión alentadora; hubo jueces, pocos por desgracia, pero faltó carácter, y la amnistía amparó á los que no podían ni tenían el derecho de ignorar la infracción cometida.

¡Acciones como esa son una fábrica de desencantos!

LA PATADA HISTÓRICA

Casi todos nuestros gobernantes imponen sucesor. Son muy escasos aquellos que dejan elegir, ó que, por lo menos, consultan á sus amigos y se pronuncian por el partido que ellos indican.

Como hay, generalmente, una separación absoluta entre el pueblo, teórico elector, y el gobierno, práctico sufragante, el mandatario que se encuentra en las postrimerías del mando, no se resigna á su abandono, y no estribando su fuerza en bases populares, trata de conservarla en el punto de donde deriva ó sea en la posición que ocupa y debe dejar por expiración del término legal para el cual fué nom-

brado. Todavía no se atreven á perpetuarse personalmente en el mando.

Si la rèelección fuera posible, el problema no sería tal y nuestros presidentes y gobernadores tomarían ejemplo de Porfirio Díaz para eternizarse en el poder. Se afirma por ahí, que uno de los gobernadores actuales, aquél que ha dado la nota más alta en el desconcierto de nuestras instituciones, tenía el propósito firme de hacerla admisible *pro domo sua* y que á ese fin primordial, mantenido en completo secreto, obedecía la reforma de la Constitución que proyectaba y que imposibilitó la acción viril de algunos buenos ciudadanos, que encontró apoyo en fieles representantes de la soberanía popular.

Pero, descartada esa solución por prohibirlo las leyes fundamentales de la Nación y de las Provincias, admirablemente previsoras, ha sido necesario buscar otro medio. Todos caen en el mismo resultado que consiste y ha consistido siempre en fijarse en un hombre dócil, fácilmente indu-

cible, obediente y humilde para colocarlo en el sillón del mando con la seguridad de dominarlo.

Se espera así prolongar la influencia, porque designando un individuo sin antecedentes, sin arraigo, sin amigos, se realiza una creación que obedecerá á su autor sin oponerle dificultades.

La situación del inventor, no puede ser más cómoda: es autoridad con todos los poderes y sin ninguna de las responsabilidades; puede sacar fácilmente la castaña, por la mano ajena del que está en ejercicio aparente del gobierno.

El cálculo del que impone se completa con las promesas del presunto títere y con los ofrecimientos de los legisladores que amenazan con enjuiciar al muñeco si pretende desobedecer á su fabricante. Pero éste no se fija en que la máquina electoral, montada como resultante de la arbitrariedad, la inconsecuencia, el robo del voto y la deslealtad, no puede producir consecuencias nobles, sino efectos perniciosos

para su mismo propietario, cuando otro haya tomado lo posesión; es el ejemplo histórico de todos los malos inventos volviéndose contra sus inventores ó propagandistas: guillotinas, máquinas infernales, etc.

La máquina ha sido formada prescindiendo de voluntades y convirtiendo á los hombres en autómatas: éstos obedecen á un resorte que no tiene ninguna relación con el afecto ó con el respeto, y que repercute directamente en el estómago. Obedece como los toros, á quien les tira de la argolla, y se vuelve contra su dueño como las armas de fuego cuando están en poder de otro que maneja el gatillo.

Es inconsciente, porque nadie la ha vinculado por el lado del corazón ó de la inteligencia; se ha tratado de crear elementos sin voluntad y sin consecuencia, razón por la cual los hombres no responden como individuos sino como muñecos.

La máquina electoral no obedece á su creador: responde siempre á quien la maneja, á quien toca sus resortes, los que

se encuentran en el despacho del gobernante.

Los botones por medio de los cuales se mueve esa máquina, que los opresores consideran ingeniosa, no tienen de hombres más que la apariencia: son tan inertes para desplegar fuerza propia como los aparatos de metal por medio de los cuales se imprime movimiento á las verdaderas máquinas de la industria.

El creador del sistema lleva, así, en el pecado, la penitencia: la máquina sigue siendo inconsciente y no obedece sino á su ocupante, á quien la maneja, ó sea al ungido con el gobierno, usando de las apariencias legales.

El Presidente ó Gobernador, en posesión de los resortes, desalojan á su antecesor. Los instrumentos, con su frialdad de montura inorgánica, no tienen bienhechores, ni reconocen afecciones; obedecen á quien los maneja, siempre que haya enaceitado los engranajes para que no se rompan con el movimiento.

El mandatario saliente tiene entonces que descubrir un hombre que sea para con él otro resorte, y que sólo se decida á tocar los de la máquina cuando reciba las órdenes del caso, sin permitirse nunca tener arbitrio, ni proceder como lo haría con una conciencia libre.

Pero, la situación de parte secundaria en el conjunto, es tolerada, cuando no se puede ser otra cosa que una pieza del engranaje, y es, por el contrario, rechazada, cuando se está en condiciones de mandar y dirigir.

La consecuencia lógica y necesaria de la máquina y la imposición, es la desobediencia del impuesto, que poco tiempo después de estar en el gobierno, se emancipa de su tutor y campea por sus respetos.

Tan común es esa infidelidad, que ha pasado á ser una regla de nuestra vida política la célebre *patada histórica,* que todas las creaciones sin arraigo aplican á sus autores desconsolados ante la ingratitud de su obra.

Pero los malos no escarmientan. Creen que la aplicación de la *patada* á sus antecesores, ha tenido por causa la poca habilidad de los mismos, puesto que se han equivocado en el hombre, poniendo un ser consciente en lugar de un testaferro. No se fijan los que así piensan llevados de una vanidad ridícula y una exagerada confianza en la propia perspicacia, que la *patada* es histórica, no como un resultado de la equivocación de todos sino como una consecuencia del acto mismo.

Desde el momento que la máquina electoral no obedece á un hombre sino á un puesto, que no reconoce afectos sino presiones, que no tiene corazón y cerebro sino caldera, es natural que no conserve sentimientos, y que reaccione cuando el amo del momento apriete los tornillos que sean necesarios para ponerla en movimiento.

El gobernador ungido por la imposición de su antecesor, descubre fácilmente ese hecho y se apercibe que no hay *elementos*

personales sino *elementos* del gobierno, los cuales se apresuran á sostener cualquier personalidad, con tal que se encuentre ocupando el sillón del mando. Nota, pues, que es más soberano que quien le dió nacimiento y que se encuentra de pronto rodeado de un numeroso séquito de partidarios que le responden.

Pero al mismo tiempo que se nota independiente y dueño de sí mismo, se siente aprisionado por los alambres que pretenden dirigir sus movimientos y que son manejados por su antecesor, que no ha observado la evolución producida, que se considera siempre patrón del circo y que atribuye á su hechura las condiciones de un títere.

El resultado no se hace esperar. El gobernante tironeado por las dos fuerzas, la del que pretende manejarlo servilmente y la de todos los que lo impulsan como libre y quieren aprovechar de sus beneficios, se decide por el lado de su comodidad, y un buen día corta sus ligaduras, se

declara emancipado para bien del país, y repite el hecho al finalizar su período, para recibir el pago con la ley del talión que le aplica el favorito designado como sucesor.

¡Dura lección para los tiranuelos, de la que por cierto no aprovecha el único que sufre: el pueblo que se limita á tolerar con la espesanza contemplativa de los indúes, que no contrarían los hechos, pensando en el fatalismo, y en la inutilidad de su esfuerzo!

*
* *

Debe tenerse en cuenta, también, que la resistencia de los caudillejos al gobernador, y su lealtad al mandatario saliente, son cosas poco menos que imposibles. Como todo prestigio es mentido, porque la base verdadera de las operaciones electorales, ó sea el pueblo, no concurre á ningún movimiento desde que se abstiene, los núcleos de hombres que forman los centros de la máquina, en los cuales se

opera, tienen una estrecha relación de dependencia con el que manda.

Un cambio de autoridades ó la falta de protección del gobierno, manifestada por medio del retiro de empleos, comisiones, pasajes, deja al caudillo reducido á la más mínima de las expresiones, cuando no lo destruye por completo.

El dueño de la situación de campaña, globo inflado por el calor oficial, se reduce y hasta se aniquila cuando le falta el elemento vivificador que le presta existencia. De aquí, que si quiere conservarse, debe obedecer fatalmente al que manda, y que no pueda, á pesar de sus deseos substraerse á los tirones de riendas, desde que tiene puesto el freno y desaparece como influencia si se lo saca.

Cuando los caudillejos han conseguido ubicarse en las cámaras, tienen la posibilidad de formar entre todos los que allí se encuentran una sociedad de protección mutua que contraríe los planes del ejecutivo. En ese caso, se empeña la lucha en

la que pronto sucumbe el legislador alzado, que concluye por doblegarse.

El proceso es bien conocido; en el período de la resistencia, el gobernador explota las odiosidades con que cuenta el rebelde en la localidad en la cual opera y las fomenta, dando los puestos oficiales á los adversarios del mismo. El caudillo ve entonces que sus amigos son llevados á la policía cuando comenten cualquier infracción, y que son castigados con toda justicia como si se tratara de extraños. Observa, también, que aquellos individuos que eran opositores á su política y por tanto abonados á los calabozos policiales, visten uniforme y se convierten en rígida autoridad sobre la cual carece de influencia. No hay para él una irregularidad que cometer, una infracción que realizar, un negocio que conseguir. Todo se ha dado vuelta, y es su peculio el que debe atender á las necesidades de sus amigos y á las ligerezas de sus partidarios... Es una verdadera atrocidad!

Ese sitio por hambre que se realiza en cada localidad, produce descontentos y crea situaciones incomodísimas. Entre tanto, el vecino de banca, el amigo y compañero de ayer, se encuentra en el mejor de los mundos porque todo le sonríe, comisario, juez de paz, municipales...

La obra de seducción se produce pronto, las resistencias se aflojan y el sometimiento viene ahogando los sentimientos de lealtad.

Los pocos que resisten van al ostracismo acompañando al *pateado*, víctima de su propia invención.

EL PUEBLO EN LA POLÍTICA

En toda democracia representativa, como la nuestra, se puede decir que la organización responde á los fines que presidieron su nacimiento, cuando todo ciudadano emite su voto y se siente representado por alguien en el seno de los parlamentos.

Pero la práctica ha señalado caminos distintos, y hoy puede afirmarse que hay en nuestra nación dos especies diferentes de individuos: los que trabajan en política, y los que se dedican á otra clase de ocupaciones absteniéndose por completo de la primera. Ha nacido una profesión nueva: la del político que actúa separada de las demás y que se encarga de monopoli-

zar los derechos populares, que vienen á convertirse en mercadería cotizable.

Nuestro pueblo reconoce dos órdenes de personas: los nacionales y los extranjeros. Estos últimos no se preocupan por lo general de los derechos políticos y viven empeñados, con la eficacia que les es característica, en labrarse una posición pecuniaria.

El extranjero no se mezcla en nuestras luchas. Generalmente vive entregado á su trabajo y emplea toda su actividad en los negocios ó en la producción, según la rama á que se dedique. Lleva una vida alejada del movimiento electoral, y sólo habla de él para protestar de las malas prácticas y para lamentar el entronizamiento de elementos malsanos, que no se preocupan de evitar. Son inútiles las prescripciones constitucionales que los llaman á la vida democrática, porque no hacen uso de ellas, esperándolo todo del esfuerzo de los habitantes del país. Y no es esto lo que ha querido la Constitución.

Para que el Estado pueda vivir, y mantener un equilibrio, sino perfecto, por lo menos aproximado, es necesario que todos los elementos colaboren en el gobierno, haciendo sentir sus necesidades y tratando de resolver los problemas políticos, con el mismo sentido práctico y con el mismo empeño con que se resuelven los particulares. Es, seguramente, donde se siente la necesidad, el lugar más apto para que nazca el remedio, y son los individuos que trabajan, cualquiera que sea su orden, los que se encuentran más cerca de poder aportar su concurso para la buena dirección del estado.

El extranjero para contribuir á nuestra evolución política con las mismas fuerzas que emplea en nuestro adelanto económico, debe naturalizarse, convertirse en ciudadano y pesar en nuestros asuntos internos, no á título de súbditos de naciones poderosas, sino como nacionales del país en que viven. ¡Ese tiene que haber sido el propósito de los constituyentes al brin-

darles con el suelo, todos los derechos y garantías reservadas á los ciudadanos con excepción de los políticos que pueden ser adquiridos con la formalidad de la naturalización!

En los movimientos políticos deben estar interesados todos los habitantes con arraigo en el país: esa es por lo menos la ley de la lógica, que se ha traducido en la ley positiva por la cual se establece que los actos electorales se celebrarán en días feriados para que todos puedan concurrir sin inconveniente.

Pero el mayor número de los ciudadanos se despoja de esos derechos por medio del *no uso*, y ellos son aprovechados por grupos reducidos que realizan el trabajo de todos, votando por los otros. De aquí la división del trabajo: una mayoría que trabaja para todos y una minoría que vota por todos: un deslinde absoluto, entre las dos profesiones: el trabajador que no vota y el político que no produce y que no ayuda al desenvolvimiento de la riqueza.

Indudablemente hay en este mal, mucho qué no puede cortarse porque depende de los individuos mismos y sólo el tiempo podría operar una reforma de los caracteres; pero hay algo también en las instituciones, que lejos de evitar esos males los estimulan ayudando á su propagación.

Es la división así comprendida tan ventajosa en economía como funesta en política, la que produce el divorcio entre la opinión y los gobiernos y la que colabora á la corrupción institucional, porque los profesionales aprecian los asuntos con criterio de comerciantes sin fijarse en ciertas reglas morales que deben primar en las relaciones de los hombres con la familia, la sociedad y el Estado.

Esos mismos fenómenos que se notan en los partidos, se percibirían en cualquiera de las instituciones sociales que todos practican si ellas fueran abandonadas para que un pequeño grupo las ejerciera como negocio.

*
* *

La deslealtad en la política y la docilidad en los puestos públicos son rasgos característicos de nuestra vida institucional. Como hechos de esa naturaleza se producen con frecuencia no se les clasifica con dureza. Los adjetivos fuertes, aquellos que suenan como un latigazo aplicado al culpable, se han suprimido, y la palabra *acomodo*, menos violenta y más maleable, señala la tolerancia con que se acoge esa costumbre que ya ha tomado carta de ciudadanía.

El público ha concluído por hacerse excéptico, por tomar á la broma los artículos de los diarios y los discursos de comité, recibiendo las declaraciones principistas con la indiferencia con que se aprecian los cambios del tiempo. Cuando salen del tono ordinario y pretenden conmover con frases altisonantes, epítetos sonoros ó ademanes exagerados, provocan esa misma hilaridad que despiertan en el circo las gracias del histrión.

La gente bien intencionada, que de re-

pente resucita ideales, concluye por desmayar y retirarse antes de haber recogido un sólo fruto de su fracasada tentativa.

Y, entre tanto, nada hay tan serio como la política: importante para el que gobierna, cuyas condiciones deben responder á los anhelos populares; importante para los gobernados que cifran gran parte de su progreso en las iniciativas de sus mandatarios.

El que se guiara sólo por el aspecto externo de las cosas, llegaría á la conclusión, á que he visto arribar muchas veces, y que afirma nuestra corrupción absoluta y nuestra impotencia completa para la vida democrática.

Pero cuando se pretende examinar, en un país, el asunto relativo á su progreso ó á su decadencia, no sólo deben merecer atención algunos de sus aspectos, sino que es indispensable estudiarlos á todos, para llegar á formular una conclusión que sintetice la resultante de un modo justiciero. Si prescindieramos, partiendo de esa base, de observar las modalidades de la política

y tomáramos como punto de referencia á otra faz cualquiera de la evolución nacional, no sería difícil que nos encontráramos con el reverso de la medalla y que constatásemos, en otro sentido, positivos adelantos. Hay, en efecto, mucha gente que se dedica á la producción, á los negocios, al comercio, y en todas esas ramas el país adelanta de una manera notoria.

Son tendencias que no marchan en líneas paralelas; parece que, por uno de esos sarcasmos incomprensibles, á medida que aumentamos en importancia como pueblo activo y laborioso, la perdemos como estado libre y consciente. Por lo menos, y partiendo del más optimista de los criterios, es forzoso reconocer que nos inclinamos más á la tendencia de Cartago que á la de Esparta, pues nuestras energías se muestran en todo menos en aquello que debiera constituir la aspiración de cada ciudadano: el gobierno libre y la representación verdadera.

Verdad es que en materia de produc-

ción y adelanto económico, el extranjero que tiene en nuestro país colonias tan numerosas, nos presta todo su apoyo, echando en la balanza el peso de su actividad, el concurso de sus capitales y las enseñanzas de su experiencia, mientras que en lo tocante al gobierno no interviene y deja todo librado al nacional, sin identificarse por completo con nuestro medio.

*
* *

Si todos pensáramos como el político inconsecuente ó el funcionario servil, no tendríamos razón para la queja; los actos que tales personas realizaran, serían una resultante del medio y todos encontraríamos, que en caso análogo la conducta observada se imponía. El hecho de que nos sean repulsivos es la mejor prueba de que no condicen con nuestro temperamento y que si se producen es contrariando nuestros deseos y chocando nuestros sentimientos.

Pero, no basta la sanción moral de una

opinión pública que poco se exterioriza para que se produzcan cambios apreciables, sino que es necesaria la sanción material para los mismos. En esa materia, como en muchas otras, nos falta persistencia. Un hecho injusto provoca un *meeting*, donde se pronuncian discursos, suscita artículos de diario que fulminan condenaciones y nada más. Al día siguiente, el buen público se ha olvidado del suceso, y ha guardado su indignación, que saca á relucir de nuevo, cuando otro caso análogo se presenta. Para la víctima del hecho protestado, el caso tiene otra significación. Su sacrificio lo convierte en el hombre del día, su retrato es publicado en revistas y periódicos; los artículos encomiásticos agotan los superlativos para elogiarlo, pero todo esto pasa y cuando al poco tiempo, el entusiasmo se ha apagado, las dificultades financieras llaman á la puerta de ese hombre del momento.

La indignación y el encomio no se traducen en nada práctico. El que se ha adhe-

rido á la protesta lírica cree estar cumplido, y no se acuerda de que el sacrificado ha perdido al dejar el puesto público que ocupaba un sueldo que era su medio de vida.

Un magistrado independiente, pero pobre, se encuentra muchas veces en el eterno conflicto de su posición ó su línea de conducta. Y no se trata generalmente del vanidoso deseo de los honores ó del inmoderado de las apariencias; hay en el fondo algo más triste, como que obedece á una necesidad, y es la dificultad material de vivir en el caso de abandonar la remuneración pecuniaria que la posición proporciona.

En la mayor parte de esos actos señalados como inconsecuentes ó desleales hay una razón de dinero, de sueldo, indispensable para mantenerse.

Para formar caracteres es preciso crearles ambiente y mostrar que hay una recompensa moral y material para los buenos, y un sentimiento de condenación ha-

cia los que traicionan sus mandatos, cualquiera que sea su fortuna ó su posición accidental.

Si consiguiéramos reunir al impulso decidido de moralizar, la sanción en formas apreciables á los hechos de los ciudadanos, alcanzaríamos un verdadero vuelco en nuestras costumbres políticas. Hoy los que se conducen bien cuentan sólo con su conciencia para aplaudirlos y fortalecerlos; el malo con los halagos del poder, de la posición y las compensaciones de su triunfo. Pocos son los casos en que la regla contraria sufre aplicación. Los ciudadanos ensalzan al gobernante y es este un concepto que se debe variar. Hay que respetar al hombre en sí y llevarlo á las posiciones, no para que éstas le den lustre y un va- or del que carece, sino para que se unan los dos elementos: persona y puesto.

LOS SIMULADORES

Nuestra psicología naciente ha señalado con observaciones repetidas el hecho frecuente de la simulación del talento, de las energias y de la ilustración para alcanzar los puestos públicos y la consideración de la gente. Ramos Mejía ha producido al respecto un estudio completo, haciendo notar las diversidades de medios de que se valen los simuladores para llegar á los resultados propuestos, pues mientras unos se guarecen en una verbosidad exagerada que impide la réplica y la observación que lo dejarían en evidencia, otros se refugian en un silencio estudiado que deja traslucir para el observador una solemne insignificancia.

La simulación no es una característica nacional, ni es tampoco un fenómeno que se note sólo en las sociedades contemporáneas. En todas las manifestaciones de la existencia, ya sea la misma vegetal ó animal, se observa, como dice muy bien el autor citado, el arte de la simulación en ejercicio. [1]

Es, sin embargo, de notarse que en nuestra vida política el simulador está bien representado, siendo más común encontrar pavos reales de vistoso plumaje que individuos de talento positivo que se hallen á la altura de las posiciones que ocupan.

Pero, es necesario tener buen criterio para formular apreciaciones si no se quiere caer en la exageración: en el simulador, como en todo, hay sus gradaciones, y si bien podríamos considerar como incomprensible que mistificaciones burdas nos

---

[1] *Los simuladores del talento en las luchas por la personalidad y la vida.*—Capítulo Primero.

gobiernen y dirijan, no tendríamos el derecho de abrigar la misma opinión con respecto á individuos que manifestasen verdadera habilidad para ese objeto.

Una apariencia que engaña á todos y no muestra su verdadero carácter á pesar de los exámenes que se hagan, merece una especial consideración. Si la leyenda no miente y es exacto que el Cid ganó una batalla después de muerto, es indudable que fué porque á los soldados enemigos corridos por el engaño, les produjo el mismo efecto que si el personaje hubiera estado vivo.

Un individuo capaz de hacer creer á todos que tiene talento, ilustración y tacto, sin poseer ninguna de esas condiciones, es indudablemente un mistificador; pero no puede negarse que posee, para vencer en la vida, una clase especial de talento: el del simulador. En esto, como en todo: una inteligencia superior, un poder más intenso que los otros, triunfa y se impone.

Quien tenga el talento del simulador, vencerá lo mismo que quien tenga un ce-

rebro muy bien equilibrado para otros órdenes de la vida intelectual.

La simulación que puede y debe combatirse es la vulgar, la del tipo que nada nos enseña, que nada nos aporta porque ni siquiera nos engaña haciéndonos el efecto de las decoraciones de teatro en las cuales á través de los panoramas que representan, el ojo menos experto descubre el cartón y la tela que ocultan el desnudo del escenario.

Un simulador verboso sería un buen dentista callejero, haría un excelente vendedor de específicos vulgares, pero nunca un político. Un simulador silencioso sería un buen candidato para portero ú ordenanza de una repartición pública, pues no tendría par para prodigar reverencias y genuflexiones solemnes.

A cada uno su papel; lo irritante es el espectáculo de los pobres de espíritu elevados sobre una sociedad á la que no pueden gobernar ni dirigir.

Entre nosotros, el triunfo del simulador

burdo, del individuo que carece de toda clase de condiciones y que tiene necesidad de esforzarse para no descubrir á cada rato al asno con piel de león, es muy común, por razones diversas.

En primer lugar, porque se ha consagrado como institución política, la de que todos los gobernantes deben imponer un sucesor, el cual se busca entre los pobres de espíritu, entre aquellos á quienes se considera incapaces de formar un círculo propio y de los cuales no se sospecha ni la *patada histórica* ni la posibilidad de que puedan agrupar voluntades.

Cuando la fuerza de la lógica y de las circunstancias llevan á esos títeres á cortar los hilos que los mueven, se encuentran sin más apoyo que el propio, sin más inteligencia que la suya. Han dejado de ser un simple reflector y es preciso que creen un poder radiante. Como no tienen en sí mismos los elementos necesarios, deben simular, y como de esos casos se encuentra lleno nuestro escenario político

no es extraño tropezar con ellos á cada paso.

*
* *

Una característica de las sociedades de ignorantes, es la elevación de los audaces. Los que tienen aplomo suficiente para hablar de todo, sin saber de nada; de abordar todos los problemas posibles, sin conocer ninguno á fondo; de pronunciar discursos sobre cualquier materia, con una ilustración superficial de diccionario; es natural que se impongan sobre aquellos que ni siquiera se han tomado el trabajo de abrir una enciclopedia.

¡En el país de los ciegos, el tuerto es rey!

Afortunadamente esos ejemplares van desapareciendo; esos tipos de simuladores admirados en el medio primitivo en que actúan, nada más que por su audacia, han sido siempre comunes en las sociedades nacientes, donde aún los conocimientos no

estaban bien cimentados y donde la crítica no produce beneficiosos resultados.

Quedan, sin embargo, muchos que no tardarán en ser arrastrados después de haberse puesto en descubierto.

Es preciso, para contribuír á ello, no dejarse llevar por la opinión general, sino formarla á fuerza de buena lógica. Tenemos estadistas de los que no se conoce un discurso, un escrito, una idea; tenemos críticos eminentes que no han pasado del artículo periodístico; tenemos jurisconsultos que no han escrito un tratado ni han dictado una clase; tenemos generales que no han estado en un combate ni han mandado un ejército; contamos, en una palabra, con muchos simuladores que no se han hecho á sí mismos, sino que han sido creados por el público á causa de ese vanidoso patriotismo que quiere exhibirnos como poseedores del saber en todos los órdenes de la ciencia.

Vanidad y audacia: he ahí dos elementos que colaboran al entronizamiento de

los mistificadores, y que contribuyen al descenso de un pueblo, cuando no se preocupa á tiempo de dirigir sus energías viriles hacia el triunfo de la verdad.

La mentira convencional exige un límite si no se quiere caer en el ridículo. No fijarlo, llevados del deseo de aparentar, convierte á la sociedad que no lo determina en una asamblea de simuladores, que no cuenta con el respeto de nadie y que atrofia los miembros que pueden impulsar á la acción eficiente.

LA EVOLUCIÓN ELECTORAL

Nuestro país no ha sido jamás un modelo en materia de prácticas electorales. «El fraude es nuestro mal congénito; en » el mismo instante que se concibe una » institución y hace advenimiento un po- » der, con la encarnación del espíritu legal » que la anima, penetra en él conjunta- » mente el espíritu fraudulento! Es el frau- » de, el primer vagido que dieron una vez » nacidas, nuestras leyes y nuestros go- » biernos » [1].

El respeto á la ley y al derecho de los demás, no forma parte de nuestros precedentes y costumbres. Un político vivo no

---

[1] AYARRAGARAY, *La anarquía argentina y el caudillismo*, pág. 147.

es aquel que reune la mayoría de las voluntades y gana las elecciones después de una lucha franca y leal, sino el que, teniendo una pequeña minoría, consigue, á fuerza de ardides y fraudes, las posiciones electivas para él y sus amigos. Al triunfador lo seduce el éxito; los medios de que se sirviera son un detalle; para ser aplaudido, ha bastado la obtención del beneficio, cualesquiera que hayan sido las habilidades que ha sido necesario emplear para elevarse sobre el nivel de los otros ciudadanos.

Nuestra herencia política es la arbitrariedad. España nos mandaba generalmente, como gobernantes, nobles arruinados ó militares groseros, que traían á Indias una bolsa vacía que llenar y un poder omnímodo para disponer de las cosas. De ese modo, la política colonial no se desarrolló de acuerdo con ideas de justicia. Había opresores y oprimidos, nobles y plebeyos, vencedores y vencidos.

Con estos precedentes, es natural que,

producida la independencia, se experimentara algo como un deslumbramiento. Los primeros pasos de ese niño que se había sacado los andadores, tenían que ser tímidos y vacilantes. Pero, una vez descartado el peligro extraño y asegurada la autonomía, el gobierno propio tenía que ser una imitación del anterior, sino en sus formas, en su fondo íntimo. No era posible que se pasara bruscamente de la arbitrariedad y la opresión, á la libertad y á la justicia.

Es, entonces, del génesis de nuestro gobierno de donde deriva una idea que es la base de todos nuestros fraudes en materia política: el gobernante, entre nosotros, no se cree nunca mandatario del pueblo, sino propietario de su puesto: maneja al país como una estancia, y cuando termina su mandato, nombra un sucesor al que pretende dirigir de la misma manera que un patrón á su capataz.

Los virreyes y gobernadores, enviados por España, eran verdaderos dueños de la comarca adonde habían sido mandados.

La costumbre del país era considerarlos así, y es natural que, variado el sistema, la fuerza del hábito haya hecho que los elementos tomen la misma orientación después del fuerte sacudimiento de la independencia.

Ahora bien; si nuestros gobernantes proceden como propietarios del puesto y del país ó provincia, sin fijarse que las épocas han sufrido cambios y que todo exige una reacción sobre lo pasado, el fraude es la consecuencia práctica de la idea que abrigan.

Considerando al ciudadano como una cosa de la cual se puede disponer, y al voto como una entidad despreciable, se hace necesario armonizar la letra de la ley con el espíritu del que gobierna. Como hay entre ambas cosas una diferencia substancial, y se trata de dar formas legales á un pensamiento que se encuentra en pugna con la ley misma, se hace indispensable recurrir al fraude, medio único de armonizar tendencias tan opuestas.

Si les fuera posible, los gobiernos absorbentes procederían directamente, por medio de un simple decreto, al nombramiento de legisladores, jueces, municipales, gobernadores de provincia; como no pueden hacerlo y lo desean, pues entra en las intimidades del programa, se ajusta el mismo á las formas de la ley y se usurpa el voto de los ciudadanos. Se hacen simulacros de elecciones, en las que el pueblo no vota y en las cuales sólo elige el gobernante. Éste no dicta un decreto, pero ordena que se hagan elecciones con todas las apariencias, mas con el encargo expreso de que arrojen el mismo resultado que se habría obtenido, si los designados por el fraguado comicio debieran haber sido nombrados por un simple acto del gobernante.

En los detalles, se hace notar el mismo espíritu. Un empleado no vota la lista del gobierno ó se permite no opinar del mismo modo que el gobernador: se le suprime; un legislador comete el mismo delito:

no se le reelige; un juez no consulta al que manda antes de dictar una sentencia en un un asunto político: se le hostiliza, se le hace atacar por la prensa oficialista y á veces se llega á la jubilación, al juicio político ó á la supresión del juzgado por razones de economía, para crearlo meses después, y nombrar un amigo.

*
* *

La opinión pública debe ser inexorable para condenar á los individuos que piensen con ese criterio. Bastaría para destruirlo, que todos partiesen de la base inicial del gobierno republicano: los gobernantes no son más que mandatarios del pueblo, quien puede nombrarlos y destituirlos: en unos casos por su propia acción, en otros, por medio de sus representantes.

Los ejemplos admirables de civismo que tienen lugar á veces en los Estados Unidos, obedecen á la forma misma en que se ha constituído esa nacionalidad. Los ciudadanos, desde su iniciación colonial, te-

nían conciencia de sus derechos, los cuales ejercitaban continuamente. Producida la emancipación, el cambio no fué brusco. Todo se reducía á variar el gobernador que antes era inglés y ahora americano. Entre nosotros, no: todo era nuevo y la sangre estaba plagada de gérmenes viciosos de los cuales muchos se han extirpado, quedando otros que retardan la evolución.

Nuestros mandatarios, partiendo del principio antedicho, han sido considerados generalmente, no como los representantes del pueblo, sino como sus enemigos. Los pocos individuos que se preparaban para ir á una elección, sabían que concurrir á ella era exponerse al ridículo, pues sus derechos serían desconocidos, ó á la necesidad de hacer armas y producir un incidente, si querían obligar á que su acción fuese respetada.

Al acto electoral se concurría armado, lo mismo que si se fuera á librar una batalla, y más de una vez, antes que concluyera, los mármoles del atrio se habían en-

rojecido con la sangre de los electores combatientes ó de los policías que presionaban en nombre del gobierno, bajo el pretexto de mantener el orden del comicio.

Pero, como lo observa muy bien el doctor Ayarragaray «se percibe claramente en » nuestra historia política, el descenso evo- » lutivo de la violencia caudillesca y anár- » quica, á medida que las tendencias im- » pulsivas de la pasión sincera de la idea » única se transforma y multiplica, bajo la » presión difusa de la cultura general, del » acrecentamiento de las fuerzas económi- » cas y del principismo constitucional» [1].

Hoy, si bien no puede afirmarse que sea excepcional la riña en el atrio, se puede asegurar que no es frecuente y que esa clase de hechos disminuye con tendencia á desaparecer.

¿Quiere decir, por eso, que el fraude haya sido eliminado? No, evidentemente: lo que la observación constata es un cam-

---

[1] *La anarquía argentina y el caudillismo,* página 126.

bio en la manera de efectuarlo. Antes, era preciso para burlar á un grupo electoral, desalojarlo violentamente del lugar donde la elección se celebraba; hoy ese sistema es vetusto, pues se llega al mismo resultado por medios mucho más suaves.

La evolución se ha producido, y el delito se realiza en una forma menos vulgar, pasando «de las formas violentas y » musculares á las formas astutas é intelec- » tuales». [1].

Constatada dicha evolución, es el caso de determinar, si ella importa para nuestras prácticas, un adelanto ó un retroceso. Para poder emitir una opinión, es necesario dividir el punto y estudiar por un lado las prácticas nacionales, ó sean las de la ciudad de Buenos Aires, y por otro, las de la Provincia del mismo nombre, como exponente de casi todas las demás, porque es muy distinto el sistema á uno y otro lado del puente de Barracas.

---

(1) Ayarragaray—obra y lugar citados.

Desde la vigencia de la nueva ley electoral, ó sea, de la que ha dividido los distritos en circunscripciones, en cada una de las cuales se vota por un candidato, puede afirmarse que en la Capital de la República ha habido libertad en el comicio, y que los fraudes siempre posibles, no han sido ordenados por el gobierno á escrutadores de línea llamados á cumplir un mandato.

Pero, la libertad no se ha presentado sola, sino que ha venido con su cortejo de vicios, percibiéndose, desde el momento que los ciudadanos podían elegir, el tráfico más vergonzoso del voto, el cual se ha cotizado como materia de mercado en las últimas elecciones efectuadas.

Aun cuando es indudable, que la venta del voto indica un estado de moralidad poco desenvuelto, dicho negocio, sirve para mostrar que existe libertad electoral, pues nadie compra una mercadería que carece de valor, y es evidente que allí donde el pueblo no elige, el voto nada vale.

Esta observación la emitía el doctor Pe-

llegrini en carta publicada útimamente en *La Nación*, trayendo al respecto un recuerdo práctico que la hace ilevantable: en la Provincia de Buenos Aires, donde no hay libertad electoral, decía, nadie compra ni vende el voto, porque sería inútil cotizarlo, dada su carencia de valor.

El comercio del voto, puede y debe ser considerado como un síntoma de inmoralidad, pero de inmoralidad de un pueblo libre. En cambio, la ausencia de tal tráfico, sino proviene de una perfección de que hoy carece la humanidad, acusa un estado real contradictorio con las instituciones, y por tanto, un atraso sobre la existencia del mencionado defecto, pues aquél indica, por lo menos, verdadera concordancia entre las libertades escritas y el ejercicio de las mismas, y si algunos ciudadanos entienden tan mal que enajenan lo sagrado, ello no autoriza á negar la civilización del grupo por las mismas razones que no se considera salvaje á un país por el hecho de que tenga criminales y ofrezca de vez en

cuando el espectáculo de repugnantes delitos.

La subasta del voto es un síntoma de libertad electoral, reveladora de inmoralidades individuales, que deben tratarse de corregir, por medio de la propaganda y de la enseñanza, desde la escuela, de los deberes cívicos.

Puede asegurarse, por lo menos, que allí donde existe ese defecto, han desaparecido las presiones irritantes de los gobiernos, adquiriendo importancia el elector al cual se le corteja y atrae por todos los medios posibles, considerándolo como el llamado á resolver, con la verdadera mayoría, el triunfo del candidato que la obtenga.

*
* *

En la Provincia de Buenos Aires, y creo que en casi todas las otras, nadie compra ni vende votos, no porque la gente sea más virtuosa, sino por la falta de valor atribuido á ese elemento, que no pesa en

las contiendas electorales, las que se resuelven sin la concurrencia de sufragantes.

La máquina vota y elige, mientras los ciudadanos convencidos de su impotencia, ni hacen la tentativa de concurrir al atrio á depositar una boleta.

Estamos, en ese sentido, en plena época de barbarie en cuanto se refiere al fondo; sólo han variado las formas externas, las que han evolucionado de la misma manera que el crimen. El salteador de caminos, una vez poblada la región en que operaba, se ha hecho estafador ó falsario; el matón de daga y trabuco, dominador del atrio por el miedo, se ha convertido en escamoteador de boletas, falsificador de registros y factor de la máquina: mecanismo ingenioso que le permite burlar á todos sin necesidad de recurrir á las violencias materiales, para obtener el mismo resultado, conseguido antes por medio de la pelea y derramamiento de sangre.

En los lugares donde predomina este

sistema de la máquina, hay simplemente un cambio sobre lo antiguo, que no importa un progreso positivo; se constata un fenómeno de adaptación, debido al cual se arroja el poncho, el chiripá y el cuchillo, para substituirlos por el jacquet, la galera y el revólver. Se ha adelantado en la forma de la criminalidad, la cual se ha hecho más civilizada, pero se ha conservado el fondo, que permanece invariable. El guapo ha sido reemplazado por el lunfardo.

Antes, el que llevaba los homenajes y alcanzaba la dominación, era el más capaz de atropellar una mesa, destruir un prestigio en combate singular y portarse como valiente. Hoy, no es preciso, para alcanzar el mismo resultado, ser matón sino hábil; basta con mostrarse inteligente para inventar votantes cuando no se tienen elementos; el caudillo antiguo ha sido reemplazado por los maestros en el fraude, el cual llega, en su adelanto, á verdaderos refinamientos de corrupción.

La situación actual, que está muy lejos

de ser satisfactoria, se encuentra todavía en plena evolución: el concepto social, exteriorizado por la prensa y por ese factor que se llama opinión pública, empieza á ser duro con los artistas del delito, los cuales se encuentran cada vez más aislados en una sociedad que los empuja hacia las clases inferiores, á pesar del carácter de autoridad que invisten y de los esfuerzos que hacen para no ser aplastados.

El adelanto evolutivo es forzoso, pero la inacción lo retardará: por eso, todos estamos en el deber de actualizarlo, trabajando con tesón para llegar al resultado anhelado, suprimiendo del camino los dos males que produce el abandono, y que son tan fatales como las leyes de la física, cuando la acción continua no los evita: el unicato, primero, la revolución después.

ACUERDISMO É INTRANSIGENCIA

Las escasas manifestaciones de actividad ofrecidas por los partidos organizados, son generalmente ocasionales y tienen un motivo determinado. El propósito que los mueve, es por lo común, el de combatir á un gobierno que se considera malo, siendo frecuente que esa acción se despliegue, cuando se han consumado males irreparables y el movimiento pacífico se ha hecho poco menos que imposible.

Las fuerzas que se congregan alrededor de un jefe para iniciar la lucha, no se reunen en un solo núcleo, sino que se forman tantos partidos de oposición como cabezas directivas, aun cuando unos y otros se

encuentren inspirados en los mismos propósitos.

Si el gobierno se siente vacilante, ante los recios ataques de esos grupos que tienen como heraldos á los órganos populares de la prensa, lo primero que se le ocurre, es proponer transacciones, y como piensa que los opositores persiguen tambien propósitos utilitarios, ofrecen, como base del arreglo, algunas posiciones y garantías generales para que el partido aceptante pueda hacer triunfar en el comicio á algunos de sus candidatos, fijándose de antemano el número de los mismos.

Ese fenómeno, presenciado repetidas veces en la política argentina, ha recibido el nombre armonioso de *acuerdo*, acompañándose, en cada caso práctico de realización, el substantivo antedicho, con adjetivos que lo calificaban en forma elogiosa.

El acuerdo beneficia al grupo dirigente que usufructúa sus consecuencias, contribuye á consolidar un gobierno impopular y provoca la disolución del partido que lo

ha realizado, porque él equivale á la renuncia de todos los ideales proclamadosy á la revelación de fines perfectamente ajenos á las ideas directrices de toda agrupación popular, por cuanto ha bastado un ofrecimiento *substancioso* para hacer olvidar los principios á los pretendidos puritanos.

La realización de un acuerdo entre elementos dirigidos en sentido del todo opuestos, es una de las graves enfermedades de nuestro organismo, porque produce de una manera inmediata, la más completa desconfianza, el más profundo desencanto, y éste trae en política lo que el pánico en la guerra. Un ejército de individuos asustados podrá ser numeroso, podrá estar bien armado, podrá ocupar posiciones inexpugnables, pero no triunfará porque lleva en el propio cuerpo el germen que ha de matarlo. Del mismo modo un pueblo desconfiado por la experiencia de los hechos, está expuesto, no ya á la opresión interna, que se presenta como una realidad, sino á la conquista ex-

traña, para la que se hallan preparados los que se sienten desalentados, los que han perdido su ideal. Para triunfar, no sólo es necesario que el brazo sea potencialmente fuerte, sino que es menester se encuentre animado por una voluntad sin dudas, dispuesta á la victoria y abrigando la certidumbre de conseguirla, ó que si llega á pensar en la derrota la vea rodeada de nimbos de gloria y de martirio, pudiendo exclamar con el poeta: si somos vencidos «caeremos como los astros en el sudario de su luz envueltos».

Las personas que se ligan para combatir un sistema, no pueden cambiar de opinión y variar de rumbos por el simple hecho de que se les ofrezca lo que pueden conseguir por medio de su esfuerzo. Los gobernantes no les hacen donación de nada personal cuando contratan un acercamiento, sino que les arrojan algunas posiciones que los acomodados obtienen así por medios ruines, cuando ha estado en su mano adquirirlas noblemente.

Los apresuramientos no llevan sino al desconcepto, cuando se exterioriza el apetito desenfrenado de figurar y ocupar puestos públicos, porque la gente no tarda en descubrir á los falsos regeneradores y abandonarlos á su suerte.

No hay ejemplo de acuerdo que no haya provocado la disgregación del grupo antes firme y compacto, y que no haya acarreado las funestas consecuencias que derivan del desencanto y que dejan sin orientación á los que han formado la masa del partido acuerdista, el que, invariablemente ha tenido que variar su etiqueta.

Indicaba, por eso, en capítulo anterior, la necesidad de que las agrupaciones no respondieran á hombres, sino á ideas, porque de ese modo una claudicación del jefe sería desautorizada por el partido, el cual no desaparecería, sino que habría operado el cambio de un factor dirigente, sin experimentar mayores conmociones.

La muerte de un piloto no desorienta al barco; otro lo reemplaza en el manejo de

los aparatos que fijan invariablemente el derrotero del mismo: la brújula marca siempre el norte, el timón puede ser manejado por otro brazo.

*
* *

Cuando varias agrupaciones dirigen sus esfuerzos en líneas paralelas, es decir, cuando distintos núcleos se forman con el objeto definido de combatir un gobierno que se considera malo, lo natural y lógico, es que se unan á los efectos de luchar con mayor eficacia.

Sin embargo, esa fusión, indicada por las circunstancias, que debieran precipitar á los unos en brazos de los otros, es muy difícil realizarla entre nosotros, porque las fracciones temerosas del acuerdo y escarmentadas por los fracasos derivados del mismo, inscriben en sus banderas principios entusiastas de intransigencia, que se proponen conservar como ideas directrices de la agrupación.

Se produce así, frente á frente de la en-

fermedad del *acuerdo* el mal de la *intransigencia*, el cual no forma el antídoto de la primera sino un nuevo elemento morboso, llamado, como todos los de su género, á consecuencias lamentables.

El acuerdo, en su alto concepto, entendido como la unión de los grupos que obedecen á las mismas tendencias para una campaña determinada, ó para un objeto más general, no puede ser digno sino del aplauso, pues revela propósitos elevados y sentido práctico en quienes lo fomentan y en quienes lo realizan.

Las fuerzas dispersas, inspiradas en idénticas ideas y en análogos fines, deben congregarse, siendo hasta un absurdo el que no lo hagan, pues se privan unos y otros de contingentes importantes para la causa que preconizan.

Las uniones funestas y combatidas, aquellas que no tienen más vínculo que un interés personal, en cuyo nombre se trata de enlazar á tendencias opuestas, son las únicas que deben ser objeto de la execración

de los partidos, porque no se fundan en ningún propósito levantado sino en móviles inconfesables.

La intransigencia es la exageración de la tendencia anti-acuerdista, y como toda exageraeión es mala, pues proclama el aislamiento aún entre aquellos en que la fuerza de los hechos los está llamando á una fusión.

Los efectos del sistema preconizado por un partido numeroso se han hecho sentir, mostrando debilitadas las tendencias populares, desconfiadas unas de otras, y rebeldes á la unión como si los grupos divergentes, en lugar de estar formados por colaboradores en la obra patriótica de la restauración de las instituciones, estuviesen compuestos por individuos dispuestos á vender á sus compañeros.

En los países europeos, donde las luchas son tradicionales y obedecen á tendencias perfectamente definidas, se ha visto muchas veces en el seno de los parlamentos la unión de los grupos más opuestos

para llevar á cabo una acción conjunta. Socialistas y monárquicos, liberales y católicos, republicanos y absolutistas, se han congregado con un propósito común á base de una coincidencia en ideales determinados.

En las luchas políticas, antes que el éxito personal, ó el triunfo exclusivo de la agrupación en que se milita, se debe buscar el fin de la misma, al que debe llegarse sin exclusiones, aprovechando á todos los que persigan igual propósito, en la medida de su moralidad y de sus fuerzas, sin puritanismos que aparecen ridículos cuando llegan hasta el temor de las contaminaciones. Las filas deben estar abiertas á todos los soldados, admitirlos y conservarlos mientras cumplan el programa, en la categoría que merezca cada uno, con la prevención de arrojarlo si se desvía del camino señalado.

Acuerdismo é intransigencia son, pues, dos modalidades de la política argentina, de síntomas diversos pero cuyo resultado

es el mismo: el afianzamiento del partido oficialista, ó para decir toda la verdad, la conservación del gobierno como único elector.

Esos males requieren su más pronta curación, no con la intervención quirúrgica de las revoluciones ni con el tratamiento enervante de la abstención, sino por la acción de los estimulantes cívicos constituídos por la energía y la perseverancia en la acción política para conseguir el cumplimiento estricto de las leyes electorales, desafiando la fuerza y la astucia de los suplantadores de la voluntad popular, energía y perseverancia á la que nada hay que resista cuando es firme y constante.

JUSTICIA Y PRENSA

La primera ocurrencia de aquellos á quienes infiere un agravio, la máquina montada, es la de pedir protección á la justicia y publicidad á la prensa, para conseguir el escarmiento de los ladrones del voto ante los dos tribunales: el de la ley y el de la opinión pública.

Ordinariamente las protestas, las acusaciones y los recursos judiciales, fracasan en la práctica, después de haber provocado discusiones periodísticas y de haber agitado por unos días á los lectores de esas publicaciones.

La falta de éxito se debe unas veces al abandono que verifican los acusadores después del impulso, otras á la falta de prue-

bas en la instrucción, y otras á la justicia misma, entregada á los delincuentes, que son muchas veces los inspiradores de los nombramientos de los magistrados ante los cuales se deducen las querellas.

Es un fenómeno muy común el del escrutador ó el ciudadano que protestan del acto electoral y se retiran del comicio, llevando ó no llevando el caso á la justicia ordinaria.

La opinión pública empieza por manifestarse desconfiada de esa clase de protestas y con mucha razón, porque ellas no sólo sirven para poner en evidencia una iniquidad y levantar la voz contra un atropello, sino para disfrazar una derrota. En efecto, el sistema de la protesta, se emplea muchas veces, por parte de quienes, no teniendo fuerza electoral, quieren intimidar para que se les dé participación en el fraude y se retiran del comicio bajo pretextos de opresión, antes que el resultado del acto haya mostrado la horfandad en que se encontraban.

Por eso, muchas manifestaciones airadas, concluyen con una publicación y no se llevan á todos los extremos.

Pero, presentado un caso á la justicia, se produce un fenómeno que es muy común y es la dificultad para obtener la prueba, á pesar de haber sido presenciado el hecho fraudulento por una multitud de individuos.

Nuestro pueblo ignorante tiene temor y recelo de la justicia; acostumbrado desde tiempo atrás á sufrir consecuencias desagradables, con motivo de un testimonio prestado, teme comprometerse y prefiere contestar á las preguntas que se le formulen, declarando que nada sabe, que nada ha visto.

Hay, por tanto, una casi imposibilidad de hacer prosperar dichas acusaciones, si no se llevan de antemano personas preparadas para que observen y puedan servir de testigos del acto.

Aparte de esa dificultad de hecho, la cual no se refiere á los jueces, sino al pue-

blo mismo, existe la que se deriva de las leyes y de los magistrados.

Sea por las prácticas establecidas, sea por los procedimientos legales, el hecho es que los procesos instruídos ante la justicia, son de larguísima gestación, requiriendo de parte de quienes los promueven una atención continua y persistente, para que se muevan con una velocidad muy relativa.

Todo esto, suponiendo que el juez es recto y que está dispuesto á aplicar la ley, sea quien fuere la persona perjudicada.

Pero, ordinariamente, á las dificultades emanadas de la ley, de los individuos y de las prácticas, se une la del magistrado, el cual tiene vinculaciones estrechas con los *ases* de la política, los cuales influyen á su manera para que se produzcan resoluciones favorables á sus causas, aunque para ello sea necesario torcer un tanto el texto de la ley, tan elástico cuando se quiere adaptarlo por fuerza á una decisión concebida de antemano, y sin tener presente al precepto mismo.

Este cúmulo de dificultades, la necesidad de distraer un tiempo considerable y hasta la de verificar gastos que nadie reembolsa, hacen que los ciudadanos empeñados en una campaña, recurran á los tribunales, como un medio de hacer ruído alrededor de un fraude ó de agitar á la opinión en su contra, sin continuar en su acción, cuando los ánimos se enfrían.

Sin embargo, en los últimos tiempos, se ha notado una reacción saludable en esta materia y se ha podido presenciar el hermoso espectáculo de ciudadanos decididos atacando fraudes ó leyes y de jueces austeros que reconocían sus derechos en juicios sumarios.

El ejemplo no lo ha dado sólo la Capital de la República, sino la Provincia de Buenos Aires, donde se ha resuelto una grave cuestión institucional, que en otro tiempo hubiera producido conflictos armados, con un fallo de tribunal, interpretado entusiastamente por la opinión y por la prensa.

El cambio que se nota en la persona de los jueces es alentador y promete resultados halagadores. Pero todo no puede esperarse de los tribunales de justicia. Á éstos, como á todo, es necesario formarles el ambiente y estimularlos; una situación de hombres austeros como la presente, puede ser el resultado de la casualidad y no es difícil que si no varían las prácticas populares, los magistrados buenos sean reemplazados por otros, puestos al servicio de los opresores.

Si esto se realizara, los ciudadanos habrian perdido la última esperanza, pues encontrarían á todos los funcionarios judiciales en la situación de algunos del presente: sordos, ciegos y mudos para todo lo que no sea de inspiración oficial.

*
* *

A falta de partidos, de tribuna donde exponer las ideas, de facilidades para ocupar las bancas de los parlamentos á quienes no tienen influencia oficial, se recurre

á la prensa, vehículo seguro de expresión, en el cual se concentran las energías de muchos de los que piensan con libertad y expresan sus pensamientos sin trabarlos, pesando sus palabras á través de un prisma de conveniencias.

Nuestra prensa oficial, tiene poca influencia, poca autoridad y poca importancia; se compone ordinariamente de diarios poco leídos que viven del favor y de las concesiones otorgadas por quienes los sostienen. El público descubre siempre al periodista asalariado y le manifiesta su desagrado por la venta de su pluma, con el silencio, pues se ocupa escasamente de leerlo y de escucharlo.

Los grandes diarios son independientes, aún dentro del partido que profesan, cuando se embanderan, pues se colocan en un terreno superior á los apasionamientos vulgares, dignos de los organismos inferiores.

La prensa reviste inmensa importancia, porque forma la opinión pública, factor que si bien no ejerce presiones materiales,

actúa como elemento moral, colabora á orientar el ambiente y amenaza con influir en la creación de fuerzas eficaces, si no se le atiende con la deferencia necesaria.

La propaganda de los grandes diarios es uno de los medios susceptibles de colaborar á la modificación de los malos hábitos políticos, porque ellos infiltran poco á poco, ejerciendo sobre los lectores una presión continua, como que se opera cada día, las ideas que deben formar la base de las reacciones futuras. La prensa, elemento que refleja y prepara á la opinión pública, factor que tiene poder bastante para incubar fuerzas inmensas, no debe cejar en su tarea y cada diario ó publicación dentro de su esfera, con el artículo serio, con la sátira y hasta con la caricatura, deben perseguir los ideales de la patria y contribuir al apresuramiento de la evolución, con el objeto que ésta se produzca, no á pasos lentos, sino lo más acelerados que sea posible y en cuanto no se perjudique á la firmeza de los mismos.

LAS REVOLUCIONES

Cuando toda acción legal se ha hecho imposible como consecuencia de la máquina, cuando todas las tentativas retardadas han sido corridas por el artificio y desautorizadas con la burla, cuando el excepticismo de la clase gobernante ha extremado las opresiones llegando hasta la venganza personal, cuando los núcleos que no quisieron doblegarse han sido disueltos por las policías, cuando la prensa y mil otros factores, han caldeado el ambiente, la revolución se presenta con su lúgubre figura para dar un escarmiento á los tiranuelos á costa de la sangre de aquellos á quienes faltó persistencia cuando era posible la evolución pacífica.

El fenómeno de la revuelta, característico de los países sud americanos, ha sido clasificado por las naciones más viejas y juiciosas en términos duros y despreciativos, sin fijarse que no se pueden aplicar las reglas de las sociedades maduras á los pueblos en formación, que sufren todavía las convulsiones de las épocas primitivas, las que se han producido no sólo en el orden social, sino en el geológico.

La República Argentina, es hija de la revolución: su nacimiento, sus grandes reformas, sus transformaciones, se deben en gran parte á los resultados del campo de batalla.

La independencia no se obtuvo por medios pacíficos, la destrucción de la tiranía tampoco, la unión nacional después de la segregación de Buenos Aires, no fué por fin el resultado de las combinaciones filosóficas, ni de los pensamientos de los políticos, exteriorizados desde un gabinete de trabajo.

Nuestra historia está impregnada de re-

volución, debiéndose casi todos los cambios nacionales ó locales á esa clase de convulsiones.

Se ha operado, sin embargo, en el último tiempo, una reacción contraria á los movimientos armados, la que se ha exteriorizado por medio de opiniones respetables secundadas por el consenso general que mira con indiferencia á los agitadores que en otro tiempo hubieran producido entusiasmos delirantes.

Estamos trabajados por varias fuerzas, empeñadas en una lucha cuyo resultado final no es dudoso en manera alguna: la guerra civil es una consecuencia de los estados primitivos, que debe desaparecer para ser reemplazada por la evolución en los países formados, los que sólo sufren conflagraciones internas cuando se trata de llegar á cambios transcendentales.

El extranjero y el capitalista, dedicados tan sólo á sus negocios, no pueden ser partidarios de la revolución; sus intereses todos, que sufren un serio quebranto ante

la sola amenaza de un conflicto, se resienten ante ese peligro y tratan de resistirlo por medio de la propaganda y de la ayuda á los poderes constituídos.

Esas fuerzas que tienen ramificaciones poderosas en el extranjero, pues la mayor parte de nuestros grandes capitales provienen de los países europeos, contribuyen á formar la opinión exterior, la cual no conoce la idiosincrasia criolla, la cual no se preocupa nada más que de obtener para su dinero un interés ventajoso, el que se siente quebrantado ante la existencia de un conflicto que les conviene evitar.

Tratan, entonces, de tocar el amor propio nacional, y de confundir con calificativos de desprecio á los países turbulentos que no son capaces de resolver sus cuestiones por medio de los pactos establecidos, y que recurren á la fuerza para solucionar el más insignificante conflicto de aldea.

Frente á frente de ese elemento conservador por sistema y pacífico por cálculo,

se encuentra el tipo del revolucionario por afición, del individuo que no reconoce otro medio para cambiar el más insignificante detalle que el de dar en el suelo con las autoridades constituídas, para obtener de las que vengan el resultado que se desea.

Ese temperamento retrógrado, representa la imagen fiel de los procedimientos antiguos, por cuanto, en aquellas épocas tumultuosas á que se refiere la historia nacional, motivos pequeños engendraban la revuelta, en la cual se derramaba sangre, las más de las veces, en una lucha cuyo objeto era el predominio de una ú otra personalidad determinada.

En medio de esos elementos, se encuentra el verdadero tipo del momento actual, ó sea el del individuo, que no siendo en tesis partidario de la violencia, la encuentra necesaria en algunas ocasiones, como la manera única de resolver una situación, cuya permanencia resulta vergonzosa y atentatoria.

La revolución es mala, dicen, pero la

situación del momento es peor; luego, en la disyuntiva, hay que decidirse por el menos inconveniente de los dos extremos y lanzarse á todas las consecuencias de una convulsión interna.

*
* *

Nuestro carácter es inerte y explosivo, y son precisamente esas idiosincrasias las que explican las conflagraciones periódicas.

Nuestro temperamento, no nos lleva al esfuerzo persistente y continuado, sino al estallido violento para volver después á la actitud contemplativa, esperando en el esfuerzo de los otros, que también piensan lo mismo, y creyendo que con cse desarrollo momentáneo de energía, se han cumplido ampliamente los deberes del ciudadano.

El proceso revolucionario es bien conocido. Los electores, no se presentan á los comicios y dejan en completa libertad á los políticos profesionales para que se despachen á su antojo. Éstos, para economi-

zar trabajo y facilitar su tarea, se hacen aliados de los gobiernos que necesitan esos tipos para conservar mayoría legislativa y armar la máquina electoral de una manera que la haga impenetrable para cualquier tentativa que pretendiera hacerse en adelante.

Se toman todas las plazas, se adueñan de padrones, mesas escrutadoras y juez de la elección, haciendo imposible el triunfo á los que no formen en el grupo, aunque tengan verdadera mayoría.

Los ciudadanos continúan en su plácido sueño cívico, del cual no despiertan sino cuando empiezan á sentir las molestias que derivan del estado de cosas reinante.

El entronizamiento de esos mismos elementos políticos de baja estofa, á los cuales no se puede substraer un gobierno elector, debido á los compromisos contraídos con éstos y á los servicios eficaces que les han prestado, indigna á los ciudadanos honestos, porque ello representa el triunfo de la escoria y la elevación á los puestos

electivos de quienes no debieron salir nunca de la penumbra sospechosa en que estaban envueltos.

Aparte de la lesión moral se experimenta la material, derivada del aumento de impuestos y demás cargas, cuya necesidad se desprende de la precisión de satisfacer compromisos y de dar negocios á esa serie de logreros, palancas de los malos gobiernos.

Los ciudadanos aletargados se levantan azuzados por las circunstancias y pretenden reconquistar en un día lo que han perdido por el abandono de años; organizan partidos de resistencia, forman comités y mantienen á costa de su dinero y de su trabajo la tensión constante en el sentido de sus aspiraciones.

La situación se hace incómoda, porque los centros opositores son perseguidos, sus miembros arrestados con pretextos fútiles, y su acción contrariada por quienes no necesitan costear sus esfuerzos, porque cuentan con el fisco ó sea el dinero de todos y con las policías armadas.

Pero, la primera elección se aproxima; allí van á medirse las fuerzas de la oligarquía con las del pueblo y allí se va á dar el balance leal de lo que cada uno representa.

El resultado esperado se produce; la oposición acude con elementos aplastadores en número, pero es burlada por las sutilezas de la máquina; la mayor parte de los electores, no están inscriptos, á otros no se les permite votar, los individuos de carne y hueso, están neutralizados por una inmensa cantidad de falsos inscriptos cuyos nombres se anotan en las boletas que son depositadas en la urna.

El triunfo legal pertenece así á la máquina y por ende al gobierno.

Los ciudadanos no esperan, se reunen, conspiran y la revolución estalla al poco tiempo del ensayo pacífico.

No hay en nuestra vida política ejemplos de lucha persistente; las oposiciones son siempre revolucionarias; al primer golpe que les aplica el artificio legal formado

por los usurpadores se contesta con la conspiración y el movimiento armado, para volver al letargo, después de la explosión.

*
* *

Puede asegurarse que en la actualidad estamos trabajados por el factor antecedente que estimula la inercia criolla y el estallido como consecuencia, y el factor moderno, razonador, psicológico, que se nos infiltra como sangre nueva, y que nos indica la conveniencia de variar el sistema impidiendo las luchas armadas y evitando la ocasión de que se produzcan.

Durante las épocas anárquicas de nuestra organización política, la revuelta era una necesidad. El poder no se adquiría por medios suaves, sino que se conquistaba debiendo mantenerse en las mismas condiciones que una plaza fuerte asediada por enemigos dispuestos á tomarla.

La manifestación palpable de la evolución producida, se encuentra en los inter-

valos de paz, los cuales son cada vez mayores, tanto que en el orden nacional, donde estamos sin duda alguna más adelantados que en las situaciones provinciales, la asonada, el pequeño motín, el levantamiento eficaz de unos pocos, se ha hecho casi imposible. Hoy, para conmover, se necesitan motivos poderosos, acción decidida, fuerza popular armada y opinión pública francamente resuelta. El triunfo del pequeño grupo, confiado en la tentativa audaz de un caudillejo, pertenece ya á la historia y es tan imposible su resurgimiento, como la reaparición de Juan Moreira, corriendo policías y peleando á la partida.

Constatamos así un verdadero adelanto, como resultado de la penetración de los elementos nuevos á través de los tradicionales, los cuales pierden terreno á medida que la civilización nos envuelve.

Pero, ¿debemos suponer que la revolución es un fenómeno concluído, una costumbre muerta para no surgir más en la vida nacional?

Entiendo decididamente que no; hoy, la revuelta es por desgracia fatal en numerosos casos, como el medio único de restablecer situaciones anormales y de volver al gobierno de la Constitución del cual se apartan con frecuencia los mandatarios obedeciendo á una tendencia atávica que no se alivia sino con un remedio también atávico: la revolución [1].

Las conmociones internas no pueden concluirse, tan sólo por el aumento de las fuerzas del ejército, ni por la propaganda de los interesados en la paz, ni por la acción de la prensa, ni por el esfuerzo momentáneo de los ciudadanos; esos factores

---

(1) Escrito el presente capítulo, se ha publicado una carta del Dr. Pellegrini, en la cual se dice: « ....la « era de las revoluciones ni ha concluído ni concluirá « mientras no se modifiquen radicalmente nuestros há- « bitos políticos y tengamos un gobierno verdadera- « mente representativo, cosa que no espero ya alcanzar « á ver ». Estas palabras encierran un juicio de verdadera importancia porque reflejan la experiencia de uno de los políticos que más ha actuado en la República Argentina.

todos, colaboran al resultado, el cual no podrá obtenerse de una manera definitiva, mientras no se consiga llegar al respeto del gobierno por el pueblo y del pueblo por el gobierno.

Hoy, debido á una serie de circunstancias derivadas muchas de ellas de los antecedentes nacionales, las autoridades no tienen por los electores la consideración que establecen las leyes, siendo frecuente, por no decir permanente, la presión decidida en todos los actos electivos.

El pueblo, por su parte, que siente la injusticia, se encuentra siempre dispuesto á sacudirla y á repeler las imposiciones con la violencia, cuando la repetición de las primeras ha caldeado el ambiente. Falta, pues, respeto en los gobernantes que no cumplen siempre la ley, y consideración en los gobernados, que no trabajan á su tiempo y piensan siempre en la revuelta, como en un desiderátum.

¿Quién es el culpable de nuestras revoluciones?

Si esta opinión fuera á pedirse en las esferas oficiales, no es dudoso que se atribuiría la responsabilidad de todas las luchas armadas al espíritu turbulento de algunos, á las ambiciones inconfesables de otros, fracasados, impedidos de llegar por las vías legales á causa de su insignificancia y á los descontentos producidos por actos moralizadores que han impedido la consumación de abusos. La regla es constante; los gobiernos opresores que arman policías con el dinero de todos y que extreman los abusos en todo sentido, hacen propaganda en contra de las revoluciones y tratan de que sean considerados como criminales vulgares, aquellos que toman parte en un movimiento armado.

Si se requiriera un juicio á los hombres que militan en la oposición, ó sea á los que preparan el movimiento, oiría el investigador, adjetivos duros contra los falsos mandatarios del pueblo, vería señalar injusticias irritantes y se le ofrecería la constatación de negocios ruinosos para el

Estado, pero pingües para los hombres que manejan sus destinos. Todo esto sin contar con la absorción electoral, que es siempre el primer capítulo de cargo contra los gobiernos flagelados por el estigma popular.

Pero, un observador juicioso, que no se impresione por la frase, tiene que distribuir la responsabilidad, de acuerdo con la participación de cada uno, pues las revoluciones nuestras se deben á los dos factores: al pueblo y al gobierno, teniendo cada uno de estos elementos, su parte de delito en esa lucha, tan lamentable, pero tan impuesta por el carácter de nuestro país.

La inacción en las épocas normales, es decir, el abandono, esperándolo todo en la bondad de los otros, prepara el estallido, por cuanto es muy difícil que sin tener contrapesos, sea el gobierno tan sumamente estricto que cumpla con todos sus deberes. El equilibrio se conserva, cuando actúan todas las fuerzas destinadas á mante-

ner á la institución en un punto determinado; cuando alguna de éstas se elimina, el cuerpo que recibía su influencia toma otra dirección y la armonía se rompe.

Toda vez, por tanto, que el pueblo abandona un derecho por no incomodarse, que delega en otros sus facultades, que acepta acomodos para favorecer á determinadas personas, ó en síntesis, toda vez que se aparta de los pactos establecidos, prepara la revolución, que será propiciada por él mismo, cuando otros aprovechen el abandono ó empleen contra él las armas desleales que él usó contra los otros.

Por su parte, el gobierno es criminal y propicia la violencia, cuando se aparta por completo de las fuerzas que en teoría le dieron nacimiento, y se preocupa tan sólo de la comodidad personal de quienes lo forman explotando á la Nación ó Provincia, como á un feudo y aplastando con la fuerza iniciativas justas, encarnadas en la ley.

No puede decirse, que uno sólo de estos

elementos, pueblo ó gobierno, sean únicos culpables; la responsabilidad de uno y otro está de tal modo identificada que debe distribuirse equitativamente entre ambos, dando al pueblo su parte por su abandono, y al gobierno la suya por su divorcio disolvente, incubador de la fuerza que lo ha de echar por tierra.

SÍNTESIS

El momento presente acusa descomposición. Los ciudadanos han perdido la confianza en los apóstoles y manifiestan más bien la tendencia al logro de beneficios personales, que la sujeción á los principios de moral política profesados por los pueblos anhelosos, que no quieren internarse en una senda en cuyo término se vislumbre á Bizancio.

La juventud carece de rumbos: nace á la vida, ó con ideales marchitos antes de florecer, ó con un excepticismo que se desprende de la ausencia de reglas á las cuales sujetarse, pues no encuentra grupos formados que le abran las filas brindándole programas definidos, entusiasmo, acción eficiente.

El dilema en que se encuentran los que deben constituir las esperanzas de la patria, tiene términos bien definidos y bien inconvenientes: ó se entra de lleno á la actuación donde se respira un ambiente que no consulta los ideales con que se surge á la lucha, ó se decide la eliminación individual y como consecuencia el aislamiento.

La solución no puede hallarse, sino en la unión de todos los que profesen análogas ideas, para cobijarse en un programa común, y decidiéndose á no temer el ridículo con que se zahiere á todos los iniciadores para destruirlos moralmente, y á llevar adelante una bandera de principios que palpita en muchos, pero que nadie descubre sospechando hallarse solo, cuando hay una multitud que espera una palabra vibrante para levantarse.

La ausencia de personalidades hechas nada significa; antes de la prueba, nadie puede ponerse en evidencia, y no es posible pedir á hombres que no han actuado

más título que la esperanza en sus acciones futuras.

Es la inercia lo que destruye nuestra vida nacional, y es el desencanto su consecuencia subjetiva. La acción y sólo la acción procurará la independencia, y mostrará que muchas plazas fuertes consideradas como inexpugnables se toman y se conquistan á costa de poco esfuerzo, porque sus muros y sus defensas estaban constituídas por apariencia pura, descubierta á los primeros embates.

Las reformas serán debidas y los triunfos finales alcanzados por los hombres sanos, que desplieguen más que inteligencia, energía y acción á fin de que cese la tan repetida *crisis del carácter*, más perniciosa, por cierto, que la crisis económica.

ÍNDICE

Dos palabras VII
El sistema y sus guardianes 1
La crítica política 11
La abstención popular 19
La abstención popular (*Continuación*) 29
Persistencia en los programas 39
El caudillo 49
La máquina electoral 65
La patada histórica 79
El pueblo en la política 91
Los simuladores 103
La evolución electoral 111
Acuerdismo é intransigencia 127
Justicia y prensa 137
Las revoluciones 145
Síntesis 163

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.